Rudy Gnutti

El MUNDO SIN TRABAJO

PENSANDO CON ZYGMUNT BAUMAN

Icaria editorial

Rudy Gnutti

El MUNDO SIN TRABAJO

PENSANDO CON ZYGMUNT BAUMAN

Icaria editorial

EL MUNDO SIN TRABAJO

Rudy Gnutti

EL MUNDO SIN TRABAJO

PENSANDO CON ZYGMUNT BAUMAN

Icaria editorial

Mi porto avanti

A mi amigo Francesco Pesce, por la valentía que me ha transmitido siempre.

agradecimientos

a mis hijos Gerard y Paolo primero de todo

a Aleksandra Jasinska Kania por su amabilidad y disponibilidad

a Kiko Mir y Bernat Udina, por sus valiosas ideas

a Mònica Bertran por haber precocinado todo...

a Pere Portabella y Joan Bosch, por su gran apoyo

a Pascual Otal, Helena Gomà, Jordi Vidal, Adrián Onco y Melody por toda la energía...

a Desirée, Rosa, Anna, Maribel y Joan de Icaria

a mis padres Bortolo Gnutti y Paoloa Ludwig y “le Zie Pupa e Luciana”

a los amigos profesores que me han soportado y que me soportan: Daniel Raventós, Mauro Gallegati, Andrea Brandolini, Franco Ferroni, Bart Grugueon Plana, Josep Maria Ureta, Ariadna Trillas, Sergi Raventós, David Casassas, Lluís Torrent, Jordi Arcarons, Chiara Saraceno, Julen Bollain, Marcelo Expósito, Rutger Bregman, Stefano Toso, Stefano Sylos Labini, Susan George…

A los pensadores y personajes que me han expresado su apoyo, Toni

Negri, Chico Buarque, Tito Boeri, Domenico De Masi, Gerardo Pisarello, Eduardo Suplicy, Íñigo Errejón, Jorge Moruno, Jorge Lago, Pablo Echenique, Juan Carlos Monedero, Germán Cano, Armanda Miller, Txema Sánchez, Marta Flich, Manu Chao, Viggo Mortensen, Ariadna Gil y Mamen Duch.

A los amigos que han tenido que aguantarme: Lali Sandiumenge, Jordi Sala, Àlex Pi, Isa Roca, Stefano Mondovi, Primo Carfagna, Salvatore Bognanni, Mario Ajello, Paolo Rampelli, Teresa Sandiumenge, Giancarlo y Alessandro Gnutti, Marta Masats, Toni Cañella, Kim Amor, Roberta De Simone, Laura Valentini, Gabriella Cerani, Heidi Quintero, Cristina Carrasco, Fabrizio Regoli, Carlos Chamarro, Fede Más, Domènech Duesa, Toni Juanet, Lali Mateu, Mamen Lleixa, Cristina Carrasco, Simona Seveso, Anna Folch

...y Anna y Bruno Mondovi por su apoyo histórico!

Prólogo de Pere Portabella

Cuando Rudy Gnutti me propuso producir el documental In the Same Boat me pareció interesante por dos motivos: primero porque Rudy no estudió en ninguna escuela cinematográfica, lo que supone, en un principio, la posibilidad de un cuestionamiento de los esquemas y códigos clásicos del lenguaje.

Además, Rudy es músico, y esto aporta otro registro al relato: su halo poético. La música explica poco y expresa mucho. Lo explícito vende, la complejidad nos enriquece.

Rudy ha tenido la sensibilidad de captar dos de los problemas más importantes que nos afectan a cada uno de nosotros como individuos. Por ejemplo, la precariedad y el desempleo cuando el crecimiento económico no supone más ocupación.

Este libro, El mundo sin trabajo, retoma la tesis del documental y nos ofrece los argumentos de los pensadores más destacados de estos últimos años de manera profunda y sosegada. Simplemente el análisis del proceso que estamos viviendo en la coyuntura global en la que corremos el riesgo de que nos sobrepase.

La historia nos enseña que las ideas que antes eran consideradas utópicas por imposibles, como el sufragio universal, el voto de la mujer o la abolición de la esclavitud, hoy se han impuesto en algo real y aceptado mayoritariamente.

En el libro El mundo sin trabajo, Rudy Gnutti ha visto la posibilidad de contribuir al gran debate de hoy en día, y sobre todo del próximo futuro que nos interpela hacia dónde debemos dirigir el rumbo de este barco y no morir en el intento.

Cuando el profesor Zygmunt Bauman sostiene que tenemos que remar en el mismo sentido en este metafórico barco, se refiere precisamente a un rumbo inclusivo y compartido.

Pere Portabella

14 de noviembre de 2017

A propósito de este libro

Era el 9 de junio de 1930. Por fin había llegado a Madrid aquella pareja, seguida por una corte de sudorosos mozos cargados de baúles, que no podía pasar desapercibida. Ella, la bella Lidia Lopokova, primera bailarina del Ballet de Moscú. En su porte se notaba que se sentía orgullosa.

Él, J. M. Keynes, el economista más importante de la historia, parecía inquieto y reflexivo. Tal vez sentía la presión de tener que hablar en la Residencia de Estudiantes, un sitio especial donde se respiraba futuro.

Allí habían estudiado los vanguardistas Lorca, Dalí y Buñuel.

Al día siguiente tenía enfrente un público expectante al que dejó boquiabierto. Fue una conferencia polémica que todavía hoy resulta sorprendente.

El tema central fue cómo sería nuestra sociedad cien años después de ese momento: la economía dejaría de ser un problema para la humanidad. El mundo sería mucho más rico y la tecnología permitiría al hombre trabajar solo 15 horas a la semana.

Con esta reflexión comienza el documental In the Same Boat, que estrené en 2016.

Hoy sabemos que Keynes no se equivocaba en sus predicciones.

El progreso económico ha superado con creces sus expectativas y la riqueza ha crecido como nunca.

Pero la razón última de este libro, así como del documental, es que, entonces: ¿por qué hay cada vez más desigualdad?, ¿no sabemos gestionar estos beneficios?, ¿por qué seguimos con la sensación de vivir en la cuerda floja?...

Durante la elaboración del documental, tuve el placer de entrevistar al profesor Zygmunt Bauman en su casa en diciembre de 2014, y volví a coincidir con él dos años después con motivo del estreno, en el macba (Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona).

Enseguida me di cuenta de que hablar sin profundizar con el profesor sobre estos temas tan actuales, y de tan inmenso calado en nuestras vidas, era un auténtico desperdicio.

Y así surgió este libro, precisamente para dar el espacio justo a las largas e interesantísimas entrevistas con el profesor, y con el resto de economistas, sociólogos y pensadores que conformaron la base del guion… sin tener la obvia restricción de tiempo que una película requiere, y profundizar en temas que quedaron solo anunciados.

Nuestra sociedad tendrá que adaptarse en poco tiempo a una nueva forma de vivir y necesita un extraordinario esfuerzo racional e intelectual para crear nuevas bases y pilares ideológicos y filosóficos donde apoyarse.

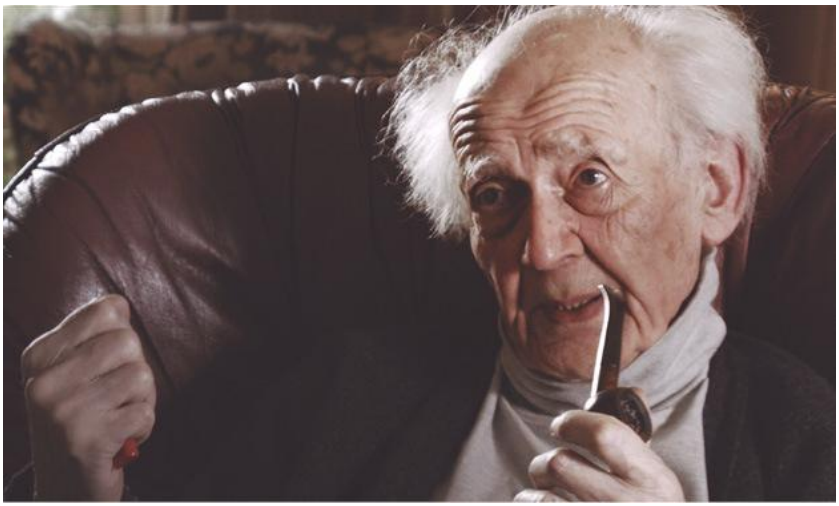
Estas referencias las tendremos que buscar en nosotros mismos, en nuestro instinto de supervivencia, en nuestro adn cultural y en nuestra capacidad de adaptación, pero puede ser muy útil escuchar voces más cualificadas, preparadas y acostumbradas a reconocer y a analizar los procesos sociales en continuo movimiento.

A pesar de que el profesor Bauman rechazaba tajantemente su función de visionario —«No puedo ni quiero leer el futuro»—, su opinión y sus análisis serán seguramente útiles y estimulantes.

Bauman consideraba que es muy importante y urgente crear un debate amplio y serio sobre la relación entre las tecnologías, el mundo del trabajo y el rumbo que está tomando nuestra sociedad, que nos está llevando a una trágica vía sin retorno.

Pero, ¿podemos hacer algo? ¿Tenemos realmente ideas y propuestas válidas para cambiar este rumbo autodestructivo?

El profesor pensaba que sí.



Zygmunt Bauman Sociólogo y filósofo

In the Same Boat es una profecía, pero no en el significado actual del término.

En el Viejo Testamento los profetas judíos tenían una función que han perdido los profetas de nuestro tiempo; no esperaban que sus profecías se cumplieran, sino que tenían la intención de poder actuar para evitarlas.

En cambio, los profetas contemporáneos esperan que sus catastróficas intuiciones se cumplan para reafirmar su capacidad profética y su ego personal.

Las reflexiones que encontramos en In the Same Boat tienen esta virtud, la de una profecía que puede servir como advertencia para actuar rápidamente y evitar los más catastróficos pronósticos.

Tras los tres años de entrevistas y grabaciones soy consciente de que las opiniones de estos pensadores son, en gran medida, controvertidas, pero sobre todo no tengo la más mínima duda acerca de su calidad académica, el interés irrefutable que despiertan sus opiniones y la seriedad y gravedad que merecen los temas que abordan.

Es por esta razón que la rigurosidad del contenido era un factor determinante. La importancia de este proyecto no es únicamente lo que se dice, sino también quién lo dice.

No soy un economista, estudié Música, y soy y he sido durante toda mi vida compositor de música para cine y otros medios audiovisuales.

Pero también estudié Antropología Cultural en la Universidad La Sapienza de Roma, y tuve la posibilidad de leer un pequeño libro que me interesó particularmente: Trabajar menos para trabajar todos (Hoac, 1994) del sociólogo francés Guy Aznar.

Le debo a esta lectura el sucesivo interés, casi obsesión, por la relación entre tecnología y trabajo.

Si bien todos los problemas que se tratan en este libro son globales, me han quedado en el tintero las reflexiones de algunos expertos de determinados lugares del mundo. En particular, me siento profundamente frustrado por no haber podido contar con un punto

de vista de vital importancia: saber qué piensa y qué planes tiene, para afrontar esta situación, la potencia más influyente y hermética del mundo, China.

Estuve buscando a un economista riguroso, competente, que estuviese cerca de los altos cargos e informado de los planes que se están realizando en los laboriosos ministerios chinos. Pero que a la vez tuviera la suficiente libertad para poder hablar sin tabús ni temor.

Un amigo economista me confesó que, para los estudiosos, la política económica china tiene un enorme interés científico porque, debido a una innegable falta de democracia, donde los políticos están poco acostumbrados a dar cuenta de sus decisiones a la población, los planes económicos son a largo plazo y no necesitan obtener rápidos resultados como ocurre en los gobiernos democráticos, que son ratificados cada pocos años.

Así, una vez escogido el profesor, del que omito el nombre para evitarle problemas, y enviado un email para pedir la entrevista especificando los temas y las preguntas que quería plantear, me sorprendió su respuesta tan rápida y su disponibilidad.

El profesor asiático me invitó a visitarlo en una importante universidad de Pekín.

Después de 15 horas de viaje, llegamos, el director de fotografía Félix Bonnin y yo, a esta fascinante e inmensa ciudad oriental. Tras organizar el encuentro, el tercer día preparamos el plató para grabar en una sala dentro de la universidad, cerca del despacho del profesor.

El profesor estuvo muy amable y sonriente desde el principio. Contestó a las primeras preguntas genéricas sin ningún problema, pero cuando le pedí que explicara cómo planteaba afrontar la paradoja del paro tecnológico la mayor potencia productiva mundial, donde la industria está pasando rápidamente de un modelo productivo basado en una mano de obra barata a otro modelo basado en la robotización y la digitalización, el profesor me contestó que este no era un problema para ellos, el Partido Comunista lo iba a solucionar. Entonces le pregunté de qué forma el

Partido Comunista pensaba afrontar esta situación, y la respuesta fue otra vez la misma, el partido único ya tomaría las medidas oportunas, sin más.

Se acabó la entrevista, y mientras desmontábamos el material un estudiante extraordinariamente curioso nos atropelló a preguntas: ¿para qué servía la entrevista al profesor?, ¿dónde se iba a emitir el documental?, ¿en qué hotel estábamos alojados?, ¿qué día nos pensábamos marchar?

Es evidente que China se está abriendo al mundo, pero es innegable que todavía tiene un largo camino que recorrer.

Este no es ni quiere ser un ensayo de economía o de sociología, la intención es enfocar, gracias a los testimonios de los importantes pensadores que participaron en la elaboración del documental, unos puntos claros que puedan servir como pilares para desarrollar un análisis más complejo y articulado.

Globalización

Si tuviéramos que destacar algunos de los cambios que ha vivido nuestra sociedad en los últimos treinta años, sin duda la globalización estaría entre los primeros.

Hace décadas que se está debatiendo si este controvertido fenómeno llamado «globalización» es un paso adelante para llegar a un mundo más justo y menos desigual o, por el contrario, nos lleva cada vez más rápidamente a un desenlace desastroso.

Era esta una pregunta obligada para el profesor Zygmunt Bauman:

La globalización es un fenómeno irreversible, ya no podemos elegir, sería muy peligroso querer volver al estadio anterior.

El primer punto negativo de la globalización es la sensación de incertidumbre que genera.

Gracias a la comunicación globalizada, cualquier hecho que ocurre en una zona del planeta, por pequeña o desconocida que sea, se conocerá rápidamente en el resto del globo terráqueo.

Esta nueva relación entre causa y efecto mundializada puede crear, y de hecho ya la crea, una sensación de impotencia ante los acontecimientos.

El segundo problema se debe a este desarrollo espontáneo,

descontrolado y elemental de estas interconexiones, esta interdependencia entre las personas, es lo que yo llamo: «el divorcio entre el poder y la política».

«Poder» significa habilidad de conseguir que las cosas se hagan realidad; «política» significa habilidad de decidir qué cosas se deben hacer.

El poder y la política han estado, en este sentido, unidos durante varios siglos en los países modernos. Ahora su matrimonio ha terminado, se han divorciado.

Los poderes que tienen la posibilidad real de cambiar nuestras condiciones de vida y que influyen en las perspectivas de vida de las generaciones presentes y futuras están exentos del control político, están residiendo en el «espacio global».

(El sociólogo español Manuel Castells lo define como el «espacio de flujos»).

Sin embargo, la política, política a todos los niveles (gobiernos, ministerios, parlamentos, tribunales supremos y demás), sigue siendo local como antaño.

Esto significa que el poder está fuera de su alcance, la política ha perdido su poder, ya que reside en lo que Castells llama el «espacio de lugares». Y él subraya que existen muy pocas conexiones o correspondencias entre los dos espacios.

El resultado es que, por un lado, tenemos los poderes que están liberados de las restricciones, del control de las instituciones políticas. Y eso significa que nosotros, la gente ordinaria, que elegimos a nuestros representantes en el Parlamento, y a través de ellos creamos nuestros gobiernos y demás, no tenemos influencia sobre ese poder: el poder no está bajo nuestro control. O al menos no lo está en su totalidad.

Mientras que, por el otro lado, tenemos la política heredada de nuestros abuelos y bisabuelos, que inventaron lo que es hoy la democracia, que inventaron la representación parlamentaria, la división de los poderes legislativos, ejecutivos y judiciales. Pero esta política que tenemos a nuestra disposición está sufriendo constantemente un déficit de poder.

El resultado de este divorcio entre poder y política es que nos sentimos prácticamente desesperanzados. No solo ignoramos lo que va a pasar, sino que además somos impotentes para cambiarlo.

Por lo tanto, el impacto indirecto de la globalización es la crisis actual de las instituciones políticas.

Creo que tanto en España, como en Inglaterra o Francia, al igual que en muchos otros países, la gente ya no confía en sus gobiernos. Y no es así necesariamente porque la gente sospeche que sean corruptos, y que actúen en contra de sus intereses, sino porque no creen que sean capaces de cumplir sus promesas. Los gobiernos son igual de impotentes que nosotros por culpa de esta nueva realidad.

En cuanto al aspecto positivo de esta globalización, todavía no

ha llegado.

En cualquier caso está pasando algo muy importante, por primera vez en la historia la idea de «la humanidad» es una realidad.

Ya estamos todos «en el mismo barco», pero lo que nos falta son, de hecho, los remos y los motores para poner este barco en la dirección adecuada.

Un aspecto que podría convertirse, en el futuro, en algo muy positivo, es la abolición de las distancias, las distancias ya no importan.

Estoy aquí sentado, en Leeds, y puedo contactar con mis colaboradores o amigos en Nueva Zelanda igual de rápido que con alguien de Leeds.

Así que las distancias ya no importan, tenemos comunicación a tiempo real. Y este es posiblemente, potencialmente, un cambio muy positivo.

Aunque, sin duda, lo más interesante que está causando la globalización es el cambio de reglas en el fenómeno de la desigualdad.

Si bien es sumamente interesante este debate sobre si la globalización significa o no un paso adelante para el desarrollo de

la humanidad, en primer lugar intentaremos describir este fenómeno para poder indicar el punto donde se encuentra este metafórico barco hoy en día.

Para este fin tuve la suerte de mi lado, y pude conocer en Roma al economista italiano Andrea Brandolini, persona de una gran cultura en el término más amplio de la palabra y jefe del Departamento de Estadística del Banco de Italia, gran experto e investigador en temas de desigualdad global. Fue él quien se ofreció a presentarme a su antiguo profesor, amigo y luego colaborador del profesor Atkinson en la Universidad de Oxford.

Tony Atkison Economista y profesor de la Universidad de Oxfrod

Este profesor de Economía política, fallecido en enero de 2017, realizó durante muchos años meticulosos estudios sobre la desigualdad, su investigación se basaba en la renta y la pobreza y fue candidato al premio Nobel en 2012.

Respecto a la cuestión sobre en qué punto estamos, dentro del contexto de la globalización, Tony Atkinson tenía una visión relativamente optimista:

Estamos viviendo un proceso convergente entre las diferentes naciones, en los últimos años, millones de personas han salido de la miseria en China, India, Brasil y otros países, y cada vez existen menos desigualdades económicas entre ellas; sin embargo, a la vez estamos en una situación terriblemente divergente entre las personas de cada nación, los ricos son cada día más ricos, y los pobres, cada día más pobres.

Para poder sintetizar todos estos fenómenos, el gráfico más utilizado es el diagrama en forma de elefante del economista, ex jefe de los economistas del Banco Mundial, Branko Milanovic.

El gráfico muestra la evolución de los ingresos reales entre 1988 y 2008 a través de los percentiles globales de la renta.

Él dividió la población mundial en 100 grupos dependiendo de su renta, y analizó cómo evolucionaron sus ingresos en estos treinta años.

El mismo profesor Milanovic explica que en este gráfico se pueden apreciar claramente algunos hechos: en las últimas dos décadas de la globalización los muy ricos han aumentado notablemente sus rentas (un 60%).

Otra vencedora clara en este mismo período ha sido la clase media de las economías emergentes, particularmente la china (200 millones de personas), la india (90 millones), y la de Indonesia y Brasil (30 millones).

En cambio, el gráfico nos indica que la clase trabajadora, e incluso la clase media de los países desarrollados, han sido los claros perdedores del fenómeno de la globalización.

Pero lo más triste es que los verdaderos perdedores son los más pobres (sobre todo campesinos africanos), que no han mejorado su situación en los últimos veinte años.

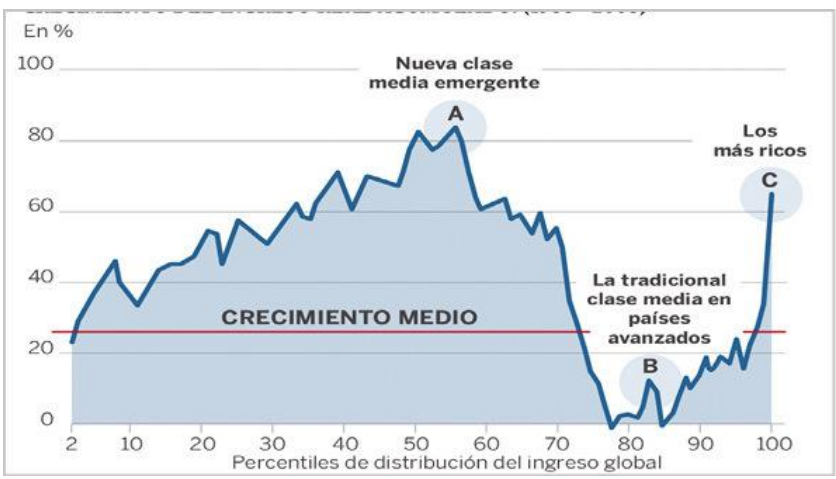
Este estudio, aunque no está libre de críticas (la decadencia de la clase media occidental coincide también con la decadencia de la

clase media de los países del área socialista, efecto que no se puede aplicar directamente a la globalización, y la curva no considera el incremento demográfico de los países en vías de desarrollo), es seguramente un instrumento válido para un análisis histórico de la economía mundial.

Evidentemente, es una lástima que los datos del profesor Milanovic se acaben en 2008, justo cuando la crisis financiera comenzada con la bancarrota de Lemans & Brothers nos llevó a una nueva situación global y de incierta evolución.

Gráfico 1

Crecimiento del ingreso real acumulado (1988-2008)



Fuente: Banco Milanovic.

Frente a este debate sobre las causas de la desigualdad, el profesor Bauman responde:

¿Por qué ha disminuido la desigualdad entre los países?

Probablemente, el mismo empuje del capitalismo para encontrar nuevos lugares donde producir con menos costes y, por otro lado, el interés en abrir más mercados capaces de absorber más cantidades de productos han creado una enorme desestructuración mundial del trabajo.

Si la mano de obra es demasiado cara en España, no hay razón alguna para no ir a África, ¿por qué no?

Diferentes partes del globo están afectadas por la globalización pero de distintas maneras. Hay muchos países en los que la población local está encantada de hacer el mismo trabajo por una décima parte del salario de un trabajador alemán, francés o sueco, ¿por qué no? Es natural.

Y por eso la industria se está trasladando fuera de Europa.

Estamos perdiendo la industria, se ha trasladado a otra parte.

Pero si bien es cierto que la globalización ha sido la causa principal de la disminución de las diferencias económicas entre los países, el discurso es más complejo a la hora de analizar las causas que están provocando el desempleo, la precariedad del trabajo y, en consecuencia, la enorme desigualdad en casi todo el mundo.

¿Son efectos de la globalización o existe alguna otra razón?

Erik Brynjolfsson Profesor e investigador del mit

El fin del trabajo

La brecha de desigualdad se ha reducido en la última década. En el siguiente gráfico se muestra la evolución del pib en los últimos años en todo el mundo.

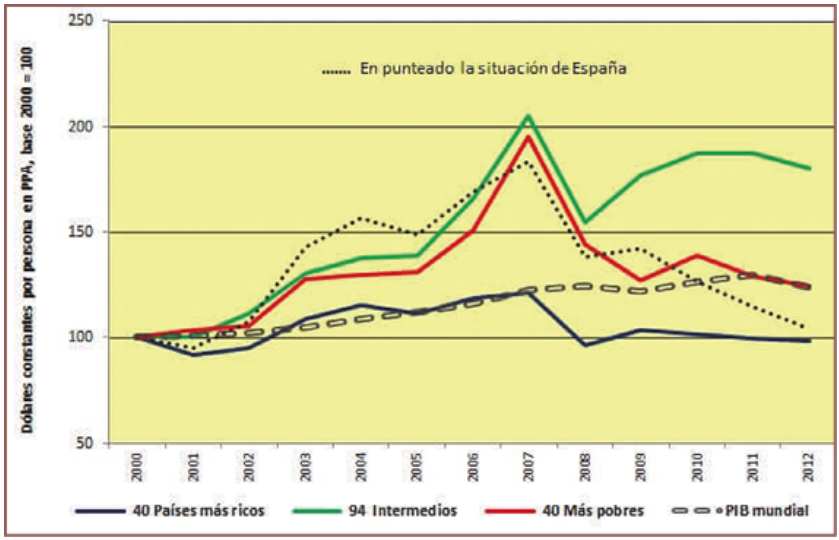
En conjunto, el patrimonio medio por persona en el grupo de países más ricos ha descendido el 2% entre 2000 y 2012.

En el mismo período se puede apreciar un aumento del pib de los países intermedios y, en menor medida, un aumento de los 40 países más pobres.

Sin embargo, a partir del 2010, se invierte la tendencia y en los países más pobres empeora la situación.

Gráfico 2

Evolución de la riqueza media por persona según países y del pib mundial por persona (base 2.000 = 100)



Fuente: Credit Suïsse para la riqueza y Banco Mundial para la población

y el PIB.

Respecto a la predicción de John Maynard Keynes, uno de los más importantes economistas del siglo xx, y con la que comienza este libro, justo unos meses antes de la visita del economista inglés fueron invitados a realizar conferencias personajes ilustres como el profesor Albert Einstein o el arquitecto Le Corbusier.

Así que no parece tan extraño imaginar que Keynes no realizara una conferencia corriente, al contrario, sorprendió a todos con un discurso mucho más enigmático que hoy en día resulta casi visionario:

«Posibilidades económicas para nuestros nietos».

Los periódicos españoles de la época (sobre todo los conservadores), al día siguiente acusaron al profesor Keynes de haber faltado el respecto al público de la capital de España.

No habló en ningún momento de sus ideas sobre cómo salir de la dramática crisis causada, solo unos meses antes, por el crack financiero de Wall Street en 1929.

Dedicó la conferencia a pronosticar un futuro donde la tecnología haría posible un desarrollo económico mundial sin precedentes, la economía dejaría de ser un problema para la humanidad y llegaríamos a reducir la jornada de trabajo a tres horas.

Otros economistas han pronosticado un futuro donde la tecnología revolucionaría completamente nuestras estructuras económicas y sociales, como Schumpeter y Marx, entre otros.

Confieso que no haber utilizado los argumentos de Marx ha sido una decisión meditada y ahora puedo decir que también acertada. El pensamiento de Marx siempre genera polémica.

En este proyecto he utilizado un lenguaje «moderado» que, según han admitido la mayoría de pensadores y políticos que han participado en los muchos debates después de las proyecciones, ha servido para provocar un diálogo sobre unos argumentos controvertidos y «radicales» en lugares y ambientes normalmente poco sensibles, por no decir reacios, a estos temas.

Así que el profesor Keynes no fue el primero ni tampoco el último.

En 1992, el libro del profesor Jeremy Rifkyn, El fin del trabajo (Paidós, 1997), se convirtió en un éxito editorial y abrió un duro debate en el ámbito académico.

Los más críticos acusaron a Rifkyn de basarse en puras especulaciones, y afirmaron que en la historia los avances tecnológicos acaban siempre por crear más trabajos que los que destruyen.

En 2011, Erik Brynjolfsson y Andrew McAfee publican un nuevo y amplio estudio sobre este tema:

Race against the machine (La carrera contra la máquina, Antoni Bosch, 2013). Un libro no solo basado en la lógica y la intuición, sino, sobre todo, en el rigor científico.

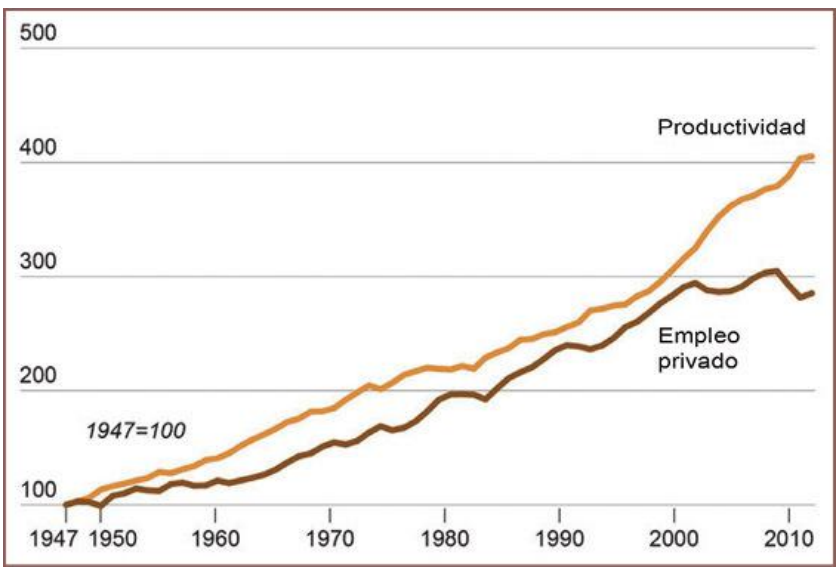
Los dos profesores del Instituto Tecnológico de Massachusetts, mit, prueban con datos empíricos que hoy en día la nueva revolución digital y robótica está cambiando radicalmente el mundo del trabajo.

Estos brillantes economistas dibujan un gráfico que revela una novedad aplastante, cuanto más sube el índice de la productividad, más sube también el índice del paro (ellos lo llamaron la gran divergencia).

Cuanto más tecnológica es una sociedad, más rápidamente destruye los lugares de trabajo.

Gráfico 3

Productividad y empleo en Estados Unidos, 1947-2011



Fuente: U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics.

Hoy en día la mayoría de los expertos en tecnología, así como los más importantes empresarios de Silicon Valley: Bill Gates (Microsoft), Mark Zuckerberg (Facebook), Elon Musk (Tesla) o Larry Page (Google), creen que la digitalización eliminará la mayoría de los trabajos existentes y no se considera la posibilidad de que se creen otros nuevos en la misma cantidad y con la misma velocidad, ni a corto ni a medio plazo.

Cada vez que la tecnología ha desplazado el trabajo humano, el hombre ha sabido reinventarse, y de una forma u otra ha vuelto a crear nuevos trabajos, pero lo que está ocurriendo hoy en día es que la innovación y la destrucción del trabajo va mucho más rápida que la reinvención de trabajos nuevos». (Erik Brynjolfsson)

Este «fin del trabajo» no solo implica un cambio en el sistema económico, sino que significará también una profunda reorganización de las relaciones sociales y culturales.

El profesor Zygmunt Bauman era sociólogo, y a mí me interesaba una visión sobre este tema fuera de la lógica estrictamente económica. Así, hablamos sobre estos datos del mit que confirmaban la antigua predicción del economista John M. Keynes: el desplazamiento del trabajo humano por la tecnología.

¿Realmente estamos frente a un fenómeno estructural?, ¿qué consecuencias puede tener en el ámbito sociológico?

Hace ya muchos años que los robots están eliminando al trabajador manual de las fábricas de coches. Ahora los coches son construidos mayoritariamente por robots. El cine ha descrito perfectamente este cambio de paradigma: una importante película, que significó «una advertencia» a la sociedad, fue Metrópolis de Fritz Lang.

El principal héroe de la película era una gran fábrica, pero era una fábrica llena de personas, una multitud. Las multitudes eran el héroe genuino del film y la advertencia nos decía que estábamos en un camino que nos haría perder la individualidad.

Nos estábamos convirtiendo en multitud. Una multitud sin cara, una multitud anónima.

Sin embargo, si ahora miramos las fábricas, difícilmente vemos personas, solo hay tecnología.

Como dice el chiste popular, en las fábricas del futuro solo habrá dos seres trabajando: un hombre y un perro. El hombre estará ahí para dar de comer al perro, y el perro estará ahí para asegurarse de que el hombre no toque nada.

Esa imagen se refleja en el documental, vemos gente, mucha gente, pero nadie está trabajando.

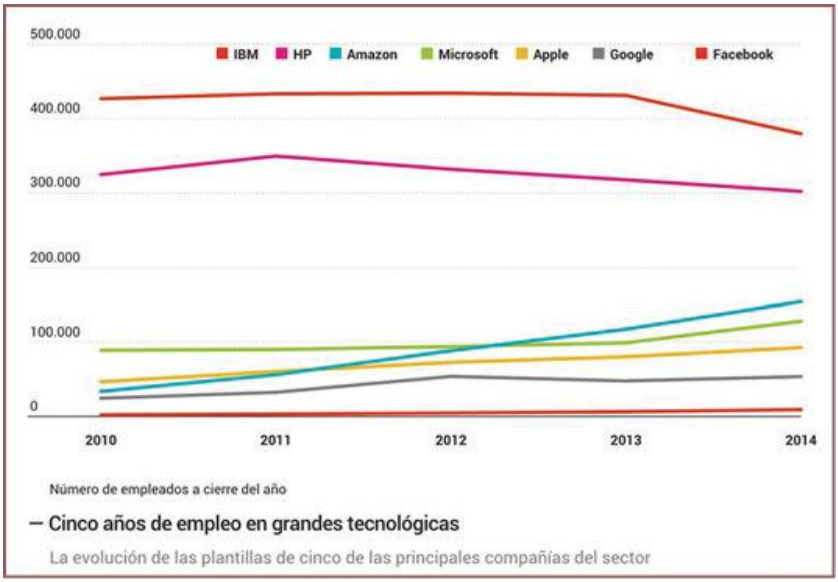
Están solo hablando, algunas veces fumando, sentados, caminando, pescando, haciendo de todo, menos trabajar.

La tecnología no necesita a las personas, funciona sola, las personas quedan liberadas por la tecnología, por así decirlo, de aquello que constituye su sustento vital.

Gráfico 4

Evolución del empleo de las grandes empresas

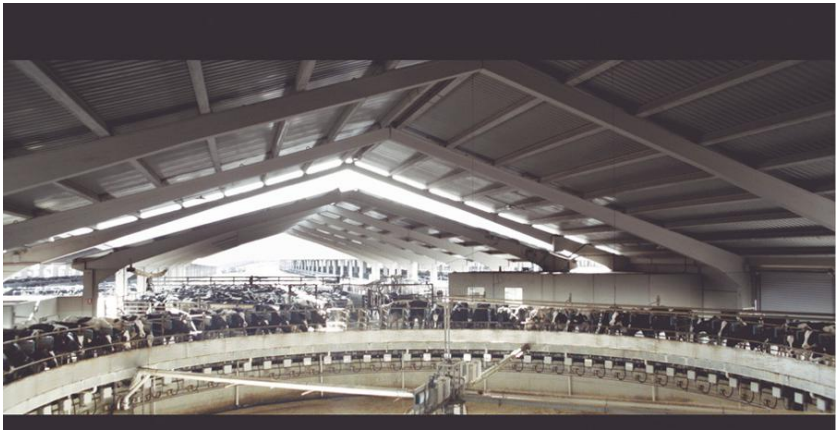
del sector tecnológico



Fuente: https://www.elespanol.com/ciencia/tecnologia/20151025/74242619_0.html

Mientras gigantes históricos como Hewlett Packard e ibm han sufrido importantes recortes de personal, otras empresas como Amazon, Apple o Facebook han ido aumentando sus plantillas en los cinco últimos años.

Bloomberg compara sus ingresos anuales con las plantillas a través de la ratio volumen de facturación por cada 1.000 trabajadores. A un lado se encuentran las que mejores resultados obtienen: Apple (1.974 dólares por cada millar de empleados en 2014), Google (1.231) y Facebook (1.355). Al otro, ibm (244), hp (369) y Amazon (577). El profesor Bauman continúa:



Esta nueva situación hace ya décadas que también afecta al trabajo intelectual, que está empezando a trasladarse a los ordenadores cada vez más.

Recuerdo que cuando era joven todos los gobiernos luchaban para conseguir el pleno empleo, ¡lo prometían!

La misma palabra, «desempleo», confirmaba esta intención. Cuando se añade el prefijo «des» a «empleo», se está asumiendo que el desempleo es una situación anormal, la situación normal es la de pleno empleo.

Y si resulta que hay una crisis y algunas personas pierden su empleo, eso es solamente una «molestia» temporal, la curaremos.

Basta pensar en la fábrica de la Ford.

En los años treinta o incluso en los años veinte, Henry Ford era el ejemplo perfecto de las virtudes del industrial. Todos los emprendedores o los industriales querían seguir su ejemplo. El método de la fábrica Ford ha sido estudiado por muchos sociólogos, economistas e incluso el cine y la literatura nos han dejado constancia de ello, Tiempos modernos de Charles Chaplin ha quedado en el imaginario de muchas generaciones.

Por un lado era una pesadilla, rutina, repetición de los mismos movimientos una y otra vez, la subordinación de la elección humana a la lógica de la cinta transportadora.

Sin embargo, por otra parte había un aspecto positivo que los puestos de trabajo contemporáneos ya no tienen, porque ofrecían estabilidad y algún tipo de adquisición del derecho de la propiedad sobre nuestro propio puesto de trabajo.

Este trabajo es mío.

¿Por qué era así? Porque había una dependencia recíproca y mutua entre los capitalistas, por un lado, y los trabajadores, por otro.

Los trabajadores dependían de Henry Ford para vivir, para obtener su salario, pero Henry Ford y su empresa dependían de sus trabajadores para que fabricaran los productos. No podía conseguir que sus productos cayeran del cielo, tenía que contratar a gente, asegurarse de ofrecer condiciones más o menos duraderas para que siguieran trabajando allí.

Y cuando surgía un conflicto entre las dos partes, los dos sabían que no podían escapar, que lo tenían que solucionar, que el día siguiente se volverían a ver, y el año siguiente también. ¡Y al cabo de diez años quizás! Estaban condenados a vivir juntos…

Tenían que encontrar un acuerdo sí o sí.

Hoy esta dependencia bilateral se ha roto de forma unilateral.

La globalización antes y los avances tecnológicos después han roto esta mutua dependencia.

Los protagonistas, o los portavoces de esta relación entre capitalista y trabajador, los sindicatos, no lo han podido asimilar y quizás no han entendido del todo el calibre de estos dos imprevisibles golpes, por lo que su posición ha quedado completamente desligada de la realidad actual y global.

Su capacidad de negociación ha ido menguando en los últimos años, y la situación del trabajador occidental ha ido empeorando con el tiempo.

En junio de 2016, se presentó In the Same Boat en el prestigioso «Festival de Economía de Trento», organizado por el reconocido economista Tito Boeri y el editor Giuseppe Laterza.

En el festival, cada año, se organizan debates de altísimo nivel, como los protagonizados por Paul Krugman, Tony Atkinson, Joseph Stiglitz, Zygmunt Bauman o Tony Piketty, entre otros.

El impacto de la tecnología en el trabajo, cómo no, fue uno de los temas principales de la edición de 2016.

Allí pude asistir a la presentación del interesantísimo libro del periodista Riccardo Staglianò: Al posto tuo (Einaudi, 2016).

Lo acompañaban la estadista Linda Laura Sabbadini y el ministro italiano de Trabajo y Políticas sociales, Giuliano Poletti.

El debate fue muy interesante y esclarecedor, el análisis de los tres participantes fue casi antitético.

La profesora Sabbadini nos llegó a decir que el problema de la digitalización llegaría a Italia con mucho retraso respecto a otros países, «nuestros hijos todavía utilizan la tecnología de forma primitiva».

«¡La robotización, en Italia, no está tan presente todavía!»

El ministro no estaba tan de acuerdo, para él, el fenómeno estaba mucho más presente y avanzaba muy rápidamente.

Poletti aseguraba que ya hemos perdido demasiado tiempo y tenemos que subirnos al carro lo más rápidamente posible. Para él la solución es preparar a la nueva generación para este importante reto. Afirmaba también que Italia tiene que renovarse y crear un tejido y una infraestructura para ser puntera en la innovación tecnológica y digital. Afirmaba que no se podía permitir que se cerrasen las fábricas y los trabajadores italianos fueran sustituidos por robots chinos.

El escritor periodista Staglianò estaba de acuerdo, como mínimo en parte, con el análisis del ministro, pero puntualizó algo muy importante: se puede ser punteros y crear fábricas robotizadas de última generación en Italia, pero el problema seguirá siendo el mismo, los trabajadores serán sustituidos igualmente por las máquinas, ¡aunque estas sean italianas!

Al respecto, Zygmunt Bauman me comentó en una de nuestras entrevistas:

Ahora, la palabra «desempleo» no se usa tanto, en su lugar lo que oímos es que la gente habla de «redundancia» (superfluo, prescindible).

«Redundancia» no contiene la promesa del pleno empleo, «redundancia» significa que eres inútil, que no eres necesario, que no existe demanda de tus habilidades.

Esa es la palabra que incluso los graduados de las mejores universidades oyen, y así se convierten en redundantes, lo que significa que las habilidades que han aprendido trabajando duro, durante cinco años de esforzados estudios, no les servirán para encontrar trabajo, no hay demanda de ellos.

No solo es que no tengas empleo, es que tras enviar cientos de currículos, solo te llegan dos respuestas y ambas son negativas.

Este no es solo un problema momentáneo, sino que es el estado del mundo, una situación permanente.

«Superfluo», «redundante» son palabras feas, palabras siniestras.

Pero mientras el sistema continúe como hasta ahora, esta situación seguirá empeorando cada vez más.

Las cosas que antes hacían los humanos se transferirán a las máquinas, es más barato, más rápido, más seguro, no hacen huelgas, no piden aumentos de sueldo.

Los cambios tecnológicos y la globalización están implicando una importante y profunda reestructuración de la relación laboral que se ha dado en los últimos veinte o treinta años, un cambio de las relaciones entre trabajadores y empresarios, lo que se conoce como «flexibilidad del mercado laboral», la regulación del mercado laboral.

Algo inaudito hace solo veinte años, tiempos en los que los gobiernos se sentían obligados a prometer luchar por el pleno empleo, porque la «vida normal» implicaba tener un trabajo.

Como se suele decir, el pez se empieza a podrir por la cabeza.

Así que el proceso empezó cuando los gobiernos dejaron de cubrir las necesidades básicas vitales para toda la sociedad, lo que yo llamo «el Estado social», aunque popularmente se lo conoce como «Estado del bienestar».

Beveridge ideó los principios de esta idea, ya que fue uno de los responsables de la creación de los planes sociales que beneficiaban a los trabajadores. Se lo conoce fundamentalmente por su informe de 1942, Social Insurance and Allied Services, que fue fundamental para sentar las bases teóricas para la instauración del Welfare State por parte del gobierno inglés. Pero él no lo hizo porque fuera un comunista, ni siquiera porque fuera un socialista, era un liberal.

Y un liberal persigue la libertad humana, la libertad individual humana. Así, desde esta manera de pensar, aquella persona que debe luchar por su mera existencia no es libre.

Así que la sociedad de las personas libres, la sociedad de genuinos individuos, la sociedad capaz de considerar por sí sola y escoger y controlar su forma de vida empieza por la sensación de seguridad compartida por todos sus miembros.

Hoy en día esto ha desaparecido por completo. Esta situación de precariedad permanente nos lleva, junto a otras causas, al fenómeno más preocupante de las últimas décadas: «los movimientos migratorios».

Los trabajadores siguen localizados, arraigados al suelo, de forma muy parecida a los campesinos medievales, vinculados a su tierra.

Si quieren viajar, como podemos ver hoy, se los detiene en las fronteras y se los envía de vuelta a casa.

Existe una migración del pánico, movimientos masivos de gente, y esta situación crea todo tipo de problemas.

En general, no pueden seguir a sus jefes, pero los jefes sí se pueden mover libremente, tienen tabletas, tienen iPhones, portátiles… y por supuesto tienen grandes cuentas en bancos en paraísos fiscales, así que pueden moverse muy fácilmente tan solo usando un dedo.

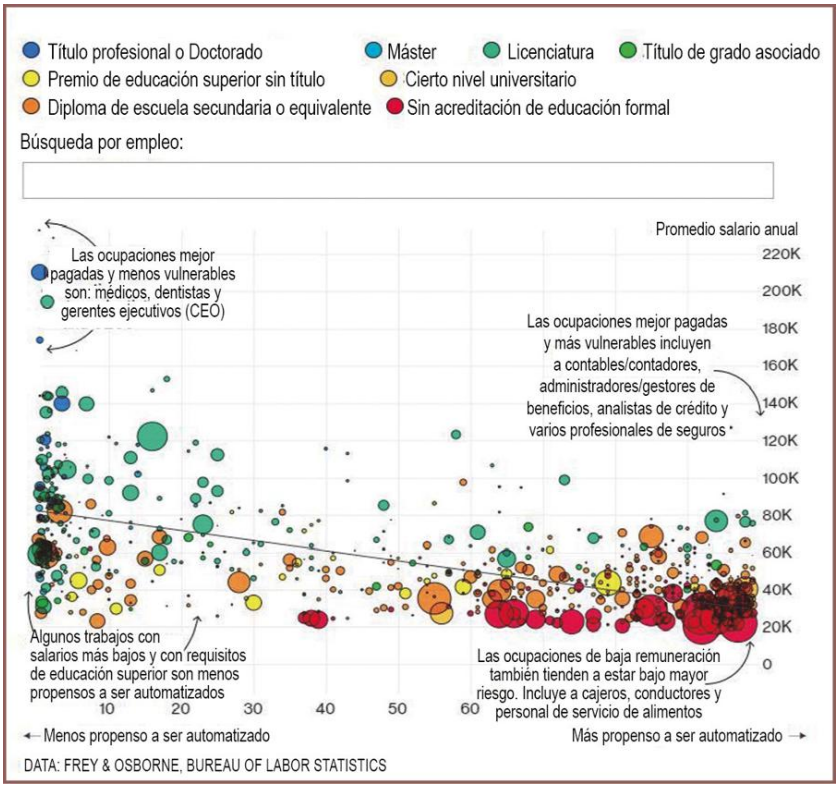
No tienen que esforzarse mucho, solo con sus dedos pueden mover sus capitales y llevarlos a cualquier lugar.

Si sus trabajadores, trabajadores locales, son demasiado exigentes, organizan huelgas o no aceptan sin rechistar ni oponer resistencia la unilateralidad de los directivos, las empresas cambian de lugar en búsqueda otro lugar más barato y menos conflictivo.

Pero aunque siempre ha habido vidas malgastadas, personas redundantes, la diferencia es que ahora esta situación se ha institucionalizado, es un proceso mundial.

GRÁFICO 5

Empleos con riesgo de ser automatizados en EE UU



Un informe elaborado por Thomas Frey, científico y director del DaVinci Institute de Estados Unidos, y una permanente referencia de consulta en materia de «futurología» por gigantes como Google, destaca que miles de empleos «convencionales» hasta la fecha desaparecerán en 2030.

En un artículo en The Economist, Bill Gates afirmó que «al menos una docena de tipos de trabajo serán asumidos por los robots y la automatización en las próximas dos décadas», entre los empleos y trabajadores que desaparecerán destacan los pilotos comerciales, las actividades relacionadas con el trabajo legal, la redacción técnica, los vendedores telefónicos, los contables, los trabajadores minoristas y los agentes de ventas de bienes raíces, entre otros.

Como podemos ver, ya no se trata de operarios sin formación, sino que este nuevo proceso que estamos viviendo afectará a casi toda la sociedad.

Desigualdad y tecnología

La desigualdad es sin duda uno de los problemas más preocupantes de las últimas décadas, y el mayor rompecabezas para los estudiosos especializados.

Pero no todos los economistas coinciden en el análisis de las causas de este fenómeno.

Uno de los libros más relevantes de los últimos tiempos sobre el tema de la creciente desigualdad es El capital en el siglo xxi (Fondo de Cultura Económica, 2014), del economista Thomas Piketty.

Piketty sostiene, en sus más de 700 páginas repletas de meticulosos datos históricos, que la causa principal de la creciente divergencia de la riqueza es que el rendimiento del capital (en manos de una privilegiada minoría) es superior al crecimiento de la economía.

En pocas palabras, los muy ricos aumentan su fortuna, que cada año se revaloriza, reinvirtiendo solo una pequeña parte de sus rentas.

De esta forma, como ya ocurría en la Europa del siglo xix, las fortunas se trasmiten de padres a hijos prácticamente intactas.

Ningún pensador sostiene que exista una sola y única causa de la desigualdad, pero la crítica más seria a las tesis del profesor Piketty vienen del ex secretario de Estados Unidos y asesor del ex presidente Clinton, el profesor Larry Summers.

Aunque Summers reconoce el enorme valor del libro, afirma que Piketty no tiene casi en cuenta la causa más determinante de la desigualdad, hoy en día y sobre todo en un futuro: la evolución tecnológica.

También el gran estudioso y experto en desigualdades, sir Antony Atkinson, sostiene que la tecnología está afectando el balance entre trabajo y capital.

La evolución tecnológica determina que el «factor trabajo» pierda peso respecto al «factor capital», y esta tendencia será más evidente en el futuro.

Pero quien es todavía mas contundente en este análisis es el profesor del mit, Erik Brynjolfsson:

Según mi colega David Autor (mit), los avances tecnológicos están causando el debilitamiento de la clase media en casi todos los países occidentales.

Ahora somos unas 100 veces más ricos que nuestros ancestros de hace 200 años. Los niveles de vida de todos crecieron, los ricos, los pobres, la clase media, todos vieron cómo su nivel de vida mejoraba en Europa, los Estados Unidos y Japón.

Recientemente ha habido una divergencia en la que la tecnología ha continuado progresando y el pastel se está haciendo más grande, pero mucha gente no está participando en el reparto de este pastel.

Esta situación ha sido una paradoja para muchos de nosotros, y creo que la solución a la paradoja es entender que, aunque el progreso tecnológico hace crecer el pastel, no existe ninguna ley económica, ninguna regla que diga que todo el mundo se beneficiará de este progreso tecnológico.

Las empresas más importantes del planeta crean una riqueza inmensa, pero por sus características tecnológicas emplean una cantidad ridícula de trabajadores respecto a las inmensas empresas del pasado (Facebook, Amazon o Google respecto a la Ford).

Puede parecer extraño, incluso generar algunas sospechas, pero hay que reconocer que la nuevas generaciones de empresarios provenientes de Silicon Valley son los primeros que están avisando sobre esta situación de preocupante anomalía.

Uno de los personajes que entrevisté y que suscita un interés especial para el público y también para los especialistas es seguramente el joven empresario y activista sociopolítico Nick Hanauer.

Hanauer afronta la temática de la desigualdad desde un ángulo muy específico, la visión de un multimillonario; y precisamente por esta razón su discurso es importantísimo para comprender cuán nocivo para todos es vivir en una sociedad radicalmente desigual.

Nick Hanauer Empresario y activista

La prosperidad, el crecimiento y el empleo son esencialmente la consecuencia de una retroalimentación (feedback) entre los compradores, las personas que compran cosas, y las empresas productoras, las personas que fabrican estas cosas.

Y cuanto más robusta sea esta retroalimentación, mejor para todos.

Cuando concentras los ingresos y las riquezas en cada vez menos personas, rompes ese ciclo de feedback y entonces ocurren una gran cantidad de situaciones negativas, tanto en la sociedad civil como en la economía.

De hecho, es muy incómodo para mí vivir en una sociedad que está radicalmente desigualada.

Me duele estar y andar en una ciudad llena de gente sin techo sabiendo que yo viajo a diario en mi propio jet.

Hay una razón por la que vivo en Seattle, Washington; y esa razón es que la gente aquí gana más dinero.

Y cuanto más dinero gane la gente, mayor será mi oportunidad.

Las mejores economías capitalistas son aquellas en las que los trabajadores ganan más dinero, obviamente porque proporcionan las mayores oportunidades para los capitalistas como yo, pero también porque proporcionan una vida mejor a todos aquellos que participan en ellas, de modo que no tiene sentido que estructuralmente se empobrezca a la mayoría de la personas mientras se concentra la riqueza en una pequeña minoría, y creo que todos los capitalistas se juegan mucho en asegurarse de que su base de consumidores, si quieres ponerlo así, sea lo más robusta posible.

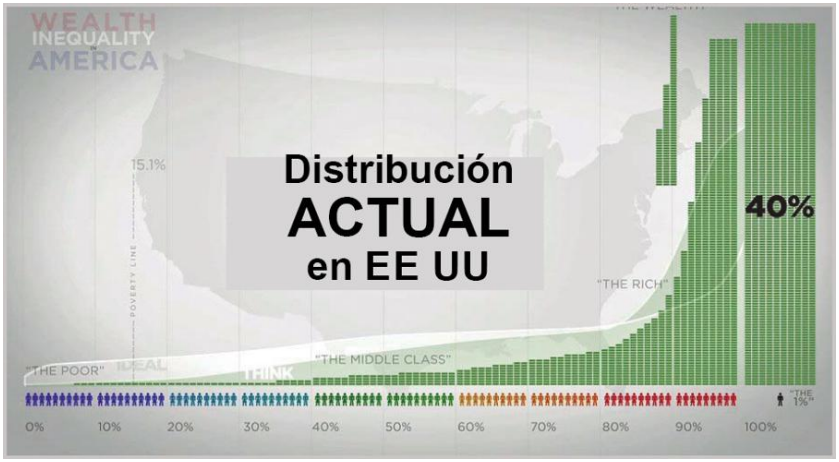
De hecho, a mí no me importa pagar más impuestos o tener menos beneficios si mi base de consumidores sigue creciendo.

Así que la desigualdad no es solo un problema moral, es sobre todo un problema sistémico. Así no podemos seguir, por pura lógica, es matemáticamente necesario que disminuya la desigualdad; y no entiendo cómo otras personas de mi posición, la élite de los grandes empresarios, no pueden verlo, para mí es de sentido común.

Gráfico 6

Desigualdad en EEUU

WEALTH
INEQUALITY
AMERICA
Cuál
CREEN
que es la distribución
real
"THE WEALTHY"
"THE RICH"
"THE MIDDLE CLASS"
"THE POOR"
IDEAL
POVERTY LINE
0%
10%
20%
30%
40%
50%
60%
70%
80%
90%
100%


WEALTH
INEQUALITY
AMERICA
15.1%
Distribución
ACTUAL
en EE UU
40%
"THE RICH"
"THE MIDDLE CLASS"
"THE POOR"
IDEAL
THINK
POVERTY LINE
0%
10%
20%
30%
40%
50%
60%
70%
80%
90%
100%

Estancamiento secular

La baja demanda de una clase media en declive en el mundo desarrollado y en los países en vías de desarrollo como China o India son claros síntomas de la ruptura, utilizando las palabras de Nick Hanauer, del feedback entre consumidor y productor, y de una economía malsana.

En 2013, el ex secretario del Tesoro estadounidense, ex candidato a presidir la Reserva Federal, Larry Summers, sorprendió al mundo académico y político con unas chocantes declaraciones en el marco de la reunión anual del fmi:

¿Qué pasaría si la crisis simplemente se hubiese acabado y en realidad nos estuviésemos enfrentando a un nuevo escenario en el que el escaso crecimiento es lo normal, una especie de estancamiento secular?

La clave para entender esta situación radica en el concepto de estancamiento secular (secular stagnation), teoría desarrollada la primera vez por el economista Alvin Hansen en la década de 1930.

Las economías del mundo industrial, según esta tesis, sufren un desequilibrio resultante del aumento de la propensión a ahorrar y una menor propensión a invertir: el resultado es que el ahorro excesivo actúa como un lastre para la demanda, se reduce drásticamente el crecimiento y la inflación, y el desequilibrio entre el ahorro y la inversión empuja a la baja los tipos de interés reales. Sin embargo, en países como Estados Unidos, donde apenas se puede ahorrar, se consigue un crecimiento significativo mediante un endeudamiento peligroso e irresponsable.

De esta manera, el motor del crecimiento ha sido la deuda y, por ende, las burbujas: la puntocom, la inmobiliaria y la del crédito.

De esta forma, dicho en otras palabras, no tenemos una «clase media» lo suficientemente estable y confiada para reactivar el consumo y la única forma de conseguirlo sería creando una riqueza ficticia (una burbuja) que daría el impulso a volver a consumir.

Pero lo malo de las burbujas es que se desinflan de golpe, y las consecuencias, como pudimos comprobar en 2007, son catastróficas».

El mismo profesor Summers sostiene que no existe una única causa para este fenómeno que él mismo define como estancamiento secular, aunque los cambios tecnológicos son una de ellas, no hay que olvidar el desequilibrio creado por la evolución demográfica del planeta (envejecimiento de la población en los países occidentales) y un marco regulatorio financiero más restrictivo.

Al respecto, durante la conversación con Zygmunt Bauman, surgió el tema de la economía bajo mínimos, que parece ser la situación actual, y las reflexiones que plantea esta situación: ¿Es realmente positivo volver a reactivar el motor económico y volver al statu quo previo a la crisis? ¿Sería sostenible el consumo de los últimos decenios en los países ricos y en el resto del mundo? Bauman contestó lo siguiente:

Lo que ha pasado en los últimos decenios en los países ricos es una larga historia pero, en resumen, tuvimos lo que yo defino como una orgía consumista.

Tuvimos años de crecimiento económico continuo.

El crecimiento económico se mide a partir del crecimiento del pib, el Producto Interior Bruto, y el Producto Interior Bruto se mide basándose en la cantidad de dinero que cambia de manos.

En estos años, sin lugar a dudas, mucho dinero cambió de manos. Fueron treinta años de continuo crecimiento económico, repito, de orgía consumista. La orgía obviamente resulta algo cara, pero la gente no sabía que había un precio muy alto que antes o después se tendría que pagar.

Algunas hipotecas, por ejemplo en los Estados Unidos, estaban basadas en la promesa: «¿No puedes pagarte la casa? No pasa nada, pide una hipoteca».

¿Por qué?

Porque, como pregonaban los comerciales de los bancos, el precio de la vivienda subiría y subiría todo el tiempo, y ni te enterarías de que estás saldando tu deuda, porque la cantidad que te estás gastando ahora en comprar esta casa se te devolverá multiplicada por dos, o incluso más.

Los bancos descubrieron una idea muy provechosa, principalmente que la gente que no se endeuda, la gente que no pide préstamos, son un desperdicio… no pagan intereses, por lo tanto son inútiles.

La idea era convertir a todo el mundo en un prestatario, que pagara intereses.

Suponían que se podía hacer esto para siempre, hasta el infinito, haciendo crecer el pib, y haciendo crecer los precios, los salarios y las remuneraciones por todo… pero evidentemente esta suposición no era cierta, simplemente nos estábamos gastando dinero que no teníamos.

Vivimos por encima de nuestras posibilidades.

El resultado es una enorme deuda individual, la gente ha dejado de ahorrar porque simplemente tienen que saldar sus deudas.

Y ahora también los estados están en deuda, el Estado y toda la nación están en deuda, y es poco probable que la deuda se

salde en los próximos años; por lo tanto, es lógico imaginar que nuestros nietos la hereden también.

Mientras, las posibilidades de un mayor crecimiento del pib, Producto Interior Bruto, son cada vez menores.

Mariana Mazzucato Economista, directora del University College London

Nuevas ideas: Renta Básica

Como se ha podido comprender con las aportaciones de economistas, pensadores y políticos en las páginas anteriores, todos coinciden en que los avances tecnológicos favorecen únicamente a una pequeña parte de la población. Así, cabe preguntarse, para comenzar, si creemos que esto es justo. Evidentemente, tras esta primera pregunta, surgen los siguientes interrogantes: ¿es posible que el sistema económico capitalista sea capaz de autorregularse y redistribuir la riqueza sin la intervención del Estado? ¿Cómo planificar una política fiscal que ayude a redistribuir más equitativamente los enormes beneficios que la tecnología produce?

Estas preguntas me llevaron a entrevistar a la autora de un importante libro que causó un extenso debate entre los académicos, la profesora Mariana Mazzucato (El estado emprendedor, rba, 2014).

El discurso de esta profesora italiana puede ser la clave para entender la propuesta de redistribución de la riqueza separada del empleo, no como una ayuda para los más necesitados, sino como un mecanismo justo y práctico para repartir los recursos entre las personas.

El libro de la economista Mazzucato está basado en diferentes ejemplos bien descritos e intenta poner en cuestión unos mitos que parecían inamovibles.

Mazzucato, que fue profesora de Economía de la Universidad de Sussex y actualmente es directora del Institute for Innovation and Public Purpose de la University College London, sostiene, en resumen, que no es real el mito de que la innovación y la investigación sean un esfuerzo únicamente privado.

Al contrario, las innovaciones de hoy en día se basan en arriesgadas y caras investigaciones respaldadas por el Estado, mediante las universidades públicas, la investigación militar, etc.

Esta autora afirma:

El papel del Estado no solo consiste en generar conocimiento a través de los laboratorios nacionales y las universidades, sino también en movilizar recursos que permitan que este conocimiento y las innovaciones se difundan ampliamente a través de los sectores de la economía. Para conseguirlo, reúne las redes de innovación existentes o facilita el desarrollo de nuevas redes que aúnen a un grupo diverso de financiadores.

No obstante, no basta con disponer de un sistema nacional que sea rico en redes horizontales y verticales.

El Estado también debe dirigir el proceso de desarrollo industrial, aplicando estrategias para el cambio tecnológico en áreas prioritarias, como los ferrocarriles, por ejemplo.

Gráfico 7

Smartphone

El ejemplo más conocido del libro es seguramente el del producto más vendido en los últimos años, los Smartphones.

gps, Wifi, Touch, etc. son todos elementos indispensables para que un teléfono pase de ser un objeto «estúpido» a un instrumento casi insustituible en la sociedad de hoy en día. Y en el gráfico anterior se ve cómo las prestaciones que estos teléfonos ofrecen son descubrimientos financiados por los estados.

Otro dato muy revelador que encontramos en el libro es el papel que tiene el Estado en la investigación para una economía más sostenible y verde.

Mazzucato afirma que, como sostienen Hopkins y Lazonick:

La revolución industrial verde, que se está ejecutando en todo el planeta gracias a los esfuerzos del Estado, debería considerarse como un intento de trasformar una de las infraestructuras más importantes que existen: la

infraestructura de la energía. Los enormes costes «hundidos» de la infraestructura energética requieren no solo el apoyo a las nuevas tecnologías y empresas innovadoras, sino también el apoyo sostenido a los mercados en los que compiten estas tecnologías.

Esta economista sostiene que se socializa el esfuerzo de la investigación, pero se privatizan los beneficios.

Evidentemente, esta postura ha sido, también, el centro de diferentes críticas por parte de los detractores del papel hegemónico de la investigación estatal sobre la investigación privada. La polémica no es nueva y ha creado, a veces, discursos muy extremos.

Pero no creo que nadie ponga en duda, como mínimo, que la humanidad ha llegado a estas conquistas tecnológicas gracias a un esfuerzo colaborativo entre el sector privado y el Estado.

Por esta razón, la profesora, en sintonía con otros economistas, como Serge Latouche, por ejemplo, afirma que los descubrimientos de hoy en día se basan en los descubrimientos de las generaciones anteriores a la nuestra, y se pueden considerar como una herencia de la humanidad entera.

En el pasado la innovación generaba riqueza, pero a su vez, podía generar, intrínsecamente, la forma de redistribuir esta riqueza. (La flamante maquinaria de las fábricas Ford de Detroit creaba una enorme riqueza que, al menos en parte, podía redistribuirse a través de los cientos de miles de empleos directos e indirectos que se crearon.)

Actualmente, este mecanismo, debido a las características de la innovación tecnológica, no está funcionando.

De esta forma no parece tan descabellado pensar que haría falta una profunda e innovadora reforma fiscal para que esta herencia y esfuerzo tecnológico de todos llegue a todos.

Además, según Mazzucato, esta presión fiscal progresiva no

provocaría un problema añadido para la inversión, sino al contrario.

Algunas personas están preocupadas por el hecho de que si los impuestos son demasiado altos habrá poca inversión, pero no existe ninguna evidencia empírica que lo demuestre.

En los años cincuenta, con Eisenhower como presidente de los Estados Unidos, el tipo impositivo en rentas altas era cercano al 90%, y había niveles de inversión más elevados que los que tenemos hoy.

Warren Buffett, uno de los mayores inversores del mundo, dijo que cuando el impuesto sobre los beneficios era del 40% nunca afectó a sus inversiones.

¿Por qué? Porque lo que impulsa las inversiones del sector privado es la percepción del «dónde» estarán las oportunidades en el futuro, independientemente de los impuestos.

Una importante reforma fiscal es, de esta forma, no solo justa, sino también el primer paso para poder redistribuir esta riqueza generada principalmente, y en el futuro todavía más, por las nuevas tecnologías. Así, Mazzucato continúa afirmando:

El gobierno de Estados Unidos tiene un interés particular en el éxito de las empresas estadounidenses en el mundo. La generación de productos innovadores se refleja en el éxito global de las corporaciones en lo relativo a la obtención de beneficios financieros, de forma que la economía doméstica puede esperar beneficiarse de ello a través del aumento de los ingresos fiscales. A pesar de que es evidente que el éxito de

productos como el iPhone y el iPad ha proporcionado beneficios asombrosos a Apple, es difícil determinar si el gobierno de Estados Unidos ha conseguido recuperar su inversión.

Aún así, pienso que una vez recaudada esta riqueza, y creo que todavía estamos lejos de conseguirlo, tendremos que saber cómo redistribuirla, teniendo en cuenta que a través del empleo probablemente ya no será posible, y esta es la cuestión más candente y polémica que se está debatiendo tanto en los ámbitos académicos como políticos en todo el planeta.

El profesor Bauman nos ofrece unas ideas que posiblemente nos ayudarán a razonar sobre horizontes completamente nuevos e inexplorados:

Tenemos que repensar incluso las presunciones más fundamentales sobre las que basamos nuestro modelo de vida.

La conexión entre la habilidad de seguir con vida, es decir, la supervivencia, con el tener un empleo.

La elección es: o dejamos que todos los que se queden sin empleo mueran de hambre, o la conexión entre el trabajo y el derecho a seguir con vida tendrá que romperse.

Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a esta decisión.

En su último libro, Retrotopía (Paidós, 2017), apoya abiertamente la propuesta de la Renta Básica Universal.

Esta propuesta no es nueva, y existen muchos y buenos libros que la explican perfectamente.

Tampoco se podría afirmar que sea una idea únicamente de izquierdas, ya hubo una propuesta similar en Estados Unidos en los años sesenta del economista neoliberal Milton Friedman: el impuesto negativo sobre la renta.

Este impuesto negativo sobre la renta fue planteado como una forma de combatir la pobreza al mismo tiempo que se preservaban los incentivos laborales.

El Estado daría dinero a los ciudadanos a través del impuesto sobre la renta, y así garantizaría unos ingresos mínimos.

Actualmente, aunque pueda parecer sorprendente, unos de los lugares donde se debate esta tesis es Silicon Valley.

En la cuna de la innovación tecnológica y digital, centro estratégico de la nueva empresa, es donde seguramente se conocen bien los efectos que esta revolución está causando y causará en el mundo del trabajo. Allí se debate y se apoya la idea de que la redistribución de los beneficios tecnológicos mediante una renta universal es una idea que tiene que ser tenida en cuenta muy seriamente.

Un ejemplo es el de Shervin Pishevar, uno de los fundadores de Sherpa Capital y uno de los primeros que apostó por la empresa Uber. Según Pishevar, la renta básica «tiene que convertirse en un estándar global, en paralelo con la velocidad de la automatización».

Los empresarios y pensadores más emblemáticos como Elon Musk, Bill Gates, Stephen Hawking y Ray Kurzweil no tienen reparo en apoyar abiertamente esta redistribución económica.

Incluso en el exclusivo foro de Davos, una de las ponencias importantes de este año 2017 fue sobre la renta básica.

El gran experto en materia, el economista Guy Standing, presente en el foro, sostiene que no todas las propuestas que vienen de Silicon Valley van en la misma dirección. Los más neoliberales apuestan por una renta universal que sustituya casi por completo

las prestaciones y los servicios del Estado, pero otras la consideran como un justo «dividendo social».

Está claro que, aunque la propuesta sea la misma, existen diferencias, a veces sustanciales, entre la propuesta más neoliberal y la propuesta más de izquierdas.

Por este motivo entrevisté a dos de los pensadores más emblemáticos y promotores de esta tesis, pero que tienen una óptica y un lenguaje diferentes: el profesor catalán de la Universitat de Barcelona, Daniel Raventós, y el joven historiador y periodista holandés Rutger Bregman.

Reconozco que el día que presentamos el documental en el macba de Barcelona (2016) me preocupaba qué pensaría el profesor Raventós.

Mi preocupación era más sobre la forma que sobre el contenido. Yo estaba convencido de que exponer la tesis sobre la distribución de la riqueza desvinculada del trabajo, intentando utilizar un lenguaje poco académico, y para nada militante, era la clave de mi proyecto. Mi preocupación, sin embargo, era que el profesor Raventós y el resto de los componentes del colectivo de la Renta Básica, después de haber estudiado esta propuesta y pensado tantos años sobre el lenguaje que es preferible utilizar para promulgar esta idea en la forma más eficiente y clara, aceptaran el discurso narrativo que había utilizado para el documental.

Daniel Raventós Economista, investigador, profesor de la Universitat de Barcelona

Por ejemplo, muy recientemente fui invitado al XVI Simposio de la Renta Básica en Bilbao (2017). Una ciudad que ha vivido una transformación espectacular en los últimos treinta años. A pesar de haber sido una importante ciudad industrial, se ha trasformado en una ciudad moderna donde han crecido el sector de servicios y el turismo. Esta reconversión ha significado, evidentemente, una disminución paulatina de la clase obrera tradicional. Bilbao era otra prueba importante para mí. Creía que para los activistas que llevan muchos años luchando y debatiendo sobre esta idea no sería fácil entender un punto de vista tan poco militante.

Afortunadamente, ni el profesor Raventós y ni tampoco los militantes de los diversos colectivos vascos que apoyan la renta básica se encontraron incómodos con el lenguaje que voluntariamente he utilizado.

El profesor Raventós lleva más de 20 años estudiando y

promulgando la renta básica, no solo en España, sino en todo el mundo. Él no solo considera la renta básica como algo útil, sino que añade argumentos mayormente filosóficos y humanos. Daniel Raventós afirma que:

El primer derecho que debe verse garantizado es el de la existencia material. Sin tener cubierta la existencia material no puede hablarse de que exista libertad. Y la renta básica es una medida capaz de garantizar la existencia material a toda la población y, por ello, garantizar también cotas importantes de libertad.

Sin entrar en los detalles de su exhaustiva investigación, el profesor Raventós no se limita a un análisis puramente teórico, ya que hace años que estudia, con otros dos profesores de Economía, Jordi Arcarons y Lluís Torrens, la posibilidad real de poder aplicar una renta básica en Cataluña y en España.

Para entender en qué consiste exactamente la propuesta de la Renta Básica Universal, atendamos a las palabras de Daniel Raventós:

No es fácil hablar de esta propuesta, hay mucha confusión sobre el tema, además existen otras propuestas que, aunque tengan un nombre parecido, son totalmente diferentes, si no opuestas.

En pocas palabras, la renta básica es una asignación universal asignada absolutamente a toda la población de un área determinada.

Pero es algo completamente diferente al sistema tradicional de seguridad social; ya que en primer lugar, es universal. Seas

rico o pobre, un millonario o un mendigo todo el mundo la recibe.

Esto es lo que la diferencia de las asignaciones condicionadas a las que estamos acostumbrados.

Por ejemplo, tú no puedes recibir legalmente el subsidio de desempleo si estás trabajando, con lo cual hay momentos en tu vida que podría ser que pensases: ¿qué me interesa más, renunciar al subsidio del paro o al trabajo?

En cambio, con la renta básica no se da esta paradoja, porque la recibes incondicionalmente.

Claro, si la recibe todo el mundo la gente se pregunta: ¿entonces los ricos también la reciben, aunque no la necesiten?, por ejemplo: ¿Bill Gates también necesitaría la renta básica?

En realidad, es necesaria una gran reforma fiscal que redistribuya la renta de los más ricos al resto de la población. Así, si bien todo el mundo recibe la renta básica, no todo el mundo gana.

¿Cómo puede ser justo recibir un dinero a cambio de nada? Esta es la pregunta más común entre la población, no se entiende que una persona tenga derecho a beneficiarse de una riqueza que no le pertenece.

Por extraño que pueda aparecer, una ayuda para entender este

concepto llega precisamente de la cuna del capitalismo: Silicon Valley.

La tecnología está creando una riqueza inmensa, y parece injusto, además de poco realista, pensar que esta riqueza sea acumulada solo por una minúscula élite de personas, cuando es el resultado del esfuerzo de la humanidad entera.

Quizás ha llegado el momento de considerarnos copropietarios de esta enorme herencia tecnológica que todos hemos desarrollado durante siglos de esfuerzo físico e intelectual.

Nadie cuestionaría la posibilidad de que unos socios se repartieran los dividendos anuales de una empresa de la que son copropietarios.

Por poner un ejemplo: en una empresa normal, todos los socios perciben un dividendo anual para repartir los beneficios.

Los socios, que además trabajan en dicha empresa, perciben, aparte del dividendo, un salario como trabajadores.

No parece inmoral que un accionista de la seat o de cualquier otro negocio perciba unos beneficios si la empresa ha tenido un año suficientemente bueno.

Rutger Bregman Historiador y periodista

Pues, visto de esta forma, y considerándonos todos, absolutamente todos, copropietarios, creo que no tiene que escandalizarnos la idea de que recibamos nuestro dividendo. Si además de socios, tenemos la suerte o la voluntad de pertenecer a esta empresa como trabajadores, será normal que recibamos un salario y un dividendo.

De esta forma, no suenan extrañas las palabras del periodista holandés Rutger Bregman:

La renta básica la recibes sí o sí.

Nadie te dirá qué tienes que hacer para tenerla o lo que tienes que hacer con ella. Lo decides por ti mismo.

Nadie puede decidir si la mereces o no. Es un derecho. No es un favor.

Lo único que necesitas es que te palpite el corazón. Necesitas estar vivo para recibirla.

Es una idea, de alguna manera, de izquierdas, porque hablamos de erradicar la pobreza.

Pero puede ser muy interesante también para la gente que cree en una sociedad de libre mercado donde el Estado tiene una función restringida, porque tampoco tendremos un gran gobierno (controlador) que te diga: «Tienes que hacer esto o lo otro con tu vida».

Un filósofo, un referente de la renta básica, Philippe Van Parijs, de Bélgica, dijo que la renta básica es, de hecho, «el camino capitalista hacia el comunismo.»

Creo que esto lo resume de una manera brillante.

Puedo añadir, basándome en mi corta experiencia, que en los debates que organizamos en los cines, tras la emisión del documental, he notado una división más generacional que ideológica estrictamente ligada al signo político.

La forma de vivir las nuevas tecnologías y sin duda la precariedad que les está tocando vivir a las nuevas generaciones les ofrece una visión diferente del empleo de la que hemos tenido hasta hoy.

Para el profesor Bauman la desigualdad que estamos viviendo es un lastre para la sociedad contemporánea. Y, asimismo, también considera importante el debate sobre la renta básica, aunque, como siempre, surgen nuevos interrogantes:

La idea por sí misma puede ser muy válida, de hecho es una idea muy relevante.

Pero siento mucho tener que repetirme, porque el problema sigue siendo el mismo.

Mi pregunta es: ¿quién lo va a hacer? ¿Quién va a introducir esta renta básica?

Han pasado más de tres siglos desde la Paz de Westfalia.

Hubo guerras religiosas en los siglos xv y xvi que devastaron Europa y los representantes de las dinastías que gobernaban Europa se reunieron en el pueblo de Osnabrück, en Alemania, para encontrar una fórmula que les permitiera vivir en paz y parar de matarse entre ellos.

Encontraron una fórmula, «cuius regio, eius religio», que significa: «Quien gobierne, quienquiera que sea el soberano del país, tiene derecho a decidir en qué dios tienen que creer sus súbditos.»

Había habido una guerra entre la Reforma y la Contrarreforma, guerras religiosas, por lo tanto la fórmula se estipuló en términos religiosos.

Con el paso del tiempo, ya iniciado el período de construcción de las naciones europeas, se adaptó esta fórmula, el aspecto religioso desapareció y el resultado fue: «Cuius regio, eius natio». Es decir, «Quienquiera que gobierne decide qué nación es la propietaria de ese territorio», una formula de soberanía territorial.

En otras palabras, lo que sea que se decida en Madrid puede ser valido tanto para Cataluña como para Andalucía, pero no más allá de las fronteras de España.

Solo en el territorio de España, el que sea «el poder soberano» en este territorio gobierna y decide.

Ahora imagina si en España se decide aplicar la separación entre el empleo y el sueldo, y todo el mundo recibe esta renta básica. Al día siguiente, todos los portugueses e italianos irían a España. ¿Por qué no?, sería lógico.

Porque si realmente se produjera la separación del empleo y del sueldo, la renta básica, significaría un cambio socioeconómico radical para el ciudadano. Las personas dejarían de tener miedo de ser «redundantes», ya que existiría la certeza de que ellas y sus descendientes sobrevivirían a las situaciones dramáticas del paro y de la miseria.

Ese tipo de cambio solo es posible si se introduce simultáneamente en todas partes.

Pero, y aquí se encuentra el problema, no existe una agencia u organización internacional capaz de hacerlo. Las Naciones Unidas, que es la única institución global que tenemos, se creó con la intención de defender con uñas y dientes la indivisible soberanía de cada Estado territorial, y eso es lo que hace.

La posibilidad de conseguir unanimidad entre todas estas naciones con diferentes intereses, diferentes egoísmos y demás, es muy remota.

Como sabes, todas las coaliciones de hoy en día son coaliciones ad hoc, que se crean con un objetivo concreto y, una vez se ha cumplido, se desmontan de nuevo.

Por lo tanto, estamos obsesionadamente volviendo al mismo problema, no tenemos los instrumentos para hacerlo.

Repito que la gran pregunta es quién lo va a llevar a cabo, qué país, Estado… Ese es el gran obstáculo, creo que es el mayor problema que os vais a encontrar, yo no, porque soy demasiado viejo para eso, sino vosotros, la gente joven, es este el problema al que tendréis que enfrentaros. A no ser que lo resolváis, realmente, las perspectivas son muy desagradables.

¿Qué se puede hacer?

El gran sociólogo alemán Ulrich Beck hablaba del «poder individual».

El profesor Beck pensaba que tenemos que buscar soluciones individuales a problemas globales.

Realmente, no creo que sea posible.

Ese es un camino abierto, quizás, para una élite de personas con muchos recursos económicos, una minoría de la población, pero no para el resto.

Otra visión, que considero muy interesante, y diferente a la del profesor Beck, es la que defiende el pensador Benjamin Barber: la teoría del nivel medio entre el Estado y el individuo.

El nivel medio serían las ciudades contemporáneas. En los últimos tres años, por primera vez en la historia, la mayoría de la humanidad vive en ciudades. Somos una humanidad urbana, una humanidad urbanizada, e incluso la vida en las zonas rurales está directamente influida por las grandes ciudades cercanas.

Así, tenemos el poder municipal: en el municipio tenemos políticos que, de hecho, se enfrentan al problema de organizar una vida tolerable, incluso deseable, satisfactoria para la población de la ciudad; es un área de tamaño medio. En cambio, los estados o las naciones son una totalidad imaginaria, nunca puedes controlarla directamente. El Estado es una noción abstracta. Y aunque el individuo es una noción

muy real, dentro del contexto de la nación está privado de los mecanismos de control y autonomía.

Pero las ciudades son un punto medio. Y podemos observarlo en el hecho de que las ciudades resuelven problemas cosas, mientras el Estado solamente «falla» (toma decisiones). Las ciudades se encargan de solucionar problemas reales y tangibles, se encargan de los sintecho, por ejemplo, proporcionan cobijo para gente que vivía debajo de puentes, proporcionan buenas escuelas, servicios sanitarios, servicios médicos, se ocupan de la contaminación del aire, limpian los ríos, y cosas similares.

Ese podría ser probablemente el punto de partida para algún tipo de un poder global, «un parlamento global de ciudades».

Es increíble cómo los experimentos de organización realizados en una ciudad, si funcionan, son imitados y repetidos en otras ciudades aunque sean geográficamente y culturalmente lejanas.

Los alcaldes de las distintas ciudades se reúnen para aprender de las experiencias de los otros alcaldes, otras personas, algo que no ocurre entre los jefes de las naciones-Estado.

La cuestión que plantea el profesor Bauman es de extrema importancia y actualidad, y el hecho de vivir en Barcelona me convierte, como al resto de residentes de la capital catalana, en testimonio directo de este gran debate.

Resultado directo de esta nueva situación municipal es la alcaldesa Ada Colau y el entorno que la acompaña.

Más allá de afinidades o antipatías políticas, no se le puede negar su origen de activista social, arraigada en el territorio. Existe un claro esfuerzo del gobierno municipal en dar peso a las plataformas ciudadanas.

En el libro Un plan para Europa (Icaria, 2016), el doctor en derecho, Gerardo Pisarello, teniente alcalde de Barcelona, conversa con el profesor de economía y exministro griego, Yanis Varoufakis, sobre la importancia de una red de plataformas ciudadanas a nivel europeo.

Para Pisarello «las ciudades pueden desempeñar un papel interesante. Cuando nos encontramos ante una crisis del Estado nacional, las ciudades pueden ser un actor de esta democratización, incluso a nivel europeo.»

Y Yanis Varoufakis habla de una «europeización descentralizada», es decir «europeizar los problemas de las personas europeas, como la deuda. La deuda no es un problema catalán, o español: es un asunto europeo.

Y, aunque parezca contradictorio, tenemos que descentralizar el poder.

Etimológicamente, la «política» proviene de «polis», que significa ciudad. Así, la ciudad es el espacio en el que la gente vive, donde se da la necesaria cercanía para propiciar el diálogo imprescindible que permite ejercer un control sobre el poder.

Bauman añade que:

Todavía es demasiado temprano para decidir si la teoría del nivel medio es finalmente una alternativa válida para solucionar la presente de falta de organismos internacionales válidos.

Pero este, creo yo, es el punto neurálgico que tendremos que solucionar para que propuestas interesantes como la renta

básica no se queden en sueños idílicos.

De esta manera, vemos que ahora mismo lo importante no es la pregunta sobre cómo hacerlo, sino quién va a hacerlo.

Por el momento, vamos a tientas en la oscuridad. Los ciudadanos nos movemos, todo el tiempo nos estamos moviendo, pero ¿sabemos hacia dónde? Nos movemos como reacción a esto o a lo otro, pero no existe una visión de una sociedad perfecta a la que queramos llegar.

En lo más profundo de nuestros corazones sabemos muy bien que incluso si inventáramos un mundo perfecto no habría nadie capaz de ponerlo en práctica.

De hecho, hoy es más utópico de lo que jamás ha sido.

Así que el punto que nos queda por cumplir en nuestra agenda, creo yo, es la metatarea (metatask).

La metatarea es el objetivo que tenemos que conseguir para que todas las demás tareas puedan ser emprendidas. Hoy, la metatarea es volver a casar el poder y la política, que actualmente están divorciados.

En este mismo sentido se desarrolla el discurso de uno de los políticos más admirados, el expresidente de Uruguay, José Mujica.

Pude entrevistar al presidente en junio de 2015, después de un año intentándolo. No soy el único, son muchos los cineastas y periodistas que le piden entrevistas.

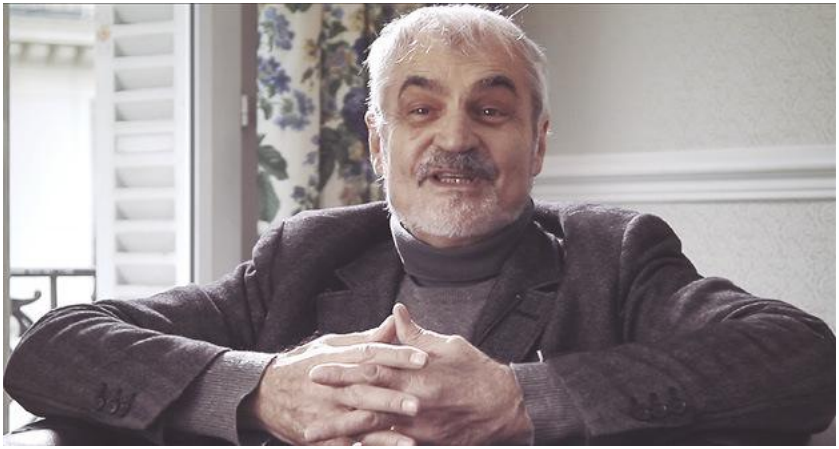
El expresidente tiene una agenda impresionante y no le queda más remedio que seleccionar entre propuestas que le llegan del mundo entero.

Se ha convertido en todo un icono de honradez y sinceridad en la política, una especie rara en un paisaje normalmente desolador.

También para él, como para el profesor Bauman, lo más urgente es buscar un organismo que tenga capacidad de decisión en el mundo entero. «Los políticos tendrían que gobernar dos días a la semana en su país y los otros tres en un gobierno mundial.»

«Es increíble, pero todavía no razonamos como la especie humana que somos.»

José Mujica con Pere Portabella



Serge Latouche Economista e ideólogo del decrecimiento

Serge Latouche y el decrecimiento

Antes de comenzar a escribir el guion del documental configuré la estructura argumental.

No fue fácil decidir cómo y cuándo se debería afrontar el problema probablemente más urgente de nuestros días: el deterioro del medio ambiente.

Y así también descubrí que uno de los temas que más preocupa a la gente es precisamente cómo el progreso tecnológico y la organización del trabajo tienen una relación de causa/efecto con el ambiente. A este respecto, Zygmunt Bauman pudo darme respuestas y abrir nuevas preguntas:

Estamos empezando a notar las restricciones naturales que impone nuestra manera de vida sobre nuestra posibilidad de vivir como estamos viviendo hasta ahora. Durante estos años, los estados y las personas en general creían ciegamente en un sistema basado en el consumo.

Existen dos presunciones de la sociedad consumista: la primera es creer que la única solución para cualquier problema social que emerja es el crecimiento de la producción. Si hay crecimiento del pib, habrá dinero, habrá recursos para resolver cualquier problema social.

Las soluciones de antaño, simplemente redistribuir los bienes en vez de incrementar el volumen de bienes, se olvidaron por completo, nadie contempla la redistribución como mecanismo válido.

La segunda presunción sobre la que se basa la sociedad del consumo es la creencia en que la búsqueda de la felicidad es una característica intrínseca del ser humano, los humanos siempre buscan la felicidad. Y no hay nada malo en ello. Según esta presunción, si no fuéramos tras esta felicidad probablemente seguiríamos viviendo en cuevas paleolíticas, pero afortunadamente perseguimos la felicidad. La búsqueda de la felicidad ha sido y es el motor del progreso.

Pero lo que realmente no se comprende es la presunción de que la persecución de la felicidad tenga que pasar obligatoriamente por las tiendas, es decir, en aumentar el consumo.

Ya estamos consumiendo anualmente un 50 % más de lo que el planeta puede darnos sin ser devastado. Según cálculos efectuados por científicos cualificados, en treinta años, si todo va como hasta ahora, necesitaremos cuatro planetas para satisfacer nuestras necesidades. ¿Dónde los encontraremos? ¿Cuáles son las posibilidades de encontrarlos en diez años?

Estamos viendo los límites y sabemos que no podremos seguir viviendo todos al mismo ritmo en el que vivimos unos cuantos privilegiados actualmente. Habrá que poner en discusión estas dos presunciones esenciales en las que se basa nuestra sociedad.

Será un proceso muy doloroso, no será fácil, y será un cambio cultural muy importante.

Este proceso implica reducir el nivel de vida, significa realizar sacrificios, cambiar hábitos, cambiar costumbres, tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ello. El único problema está en si seremos capaces de reunirnos, discutir, sacar conclusiones y después hacer algo al respecto.

Por el contrario, si no estamos a la altura de las circunstancias, se podrían cumplir los dramáticos pronósticos del sociólogo alemán Harald Welzer.

El profesor Welzer sostiene en su libro Guerras climáticas (Katz, 2010) que habrá guerras; todo tipo de guerras: guerras locales, guerras armadas, guerras informáticas o guerras mundiales.

En los siglo xix y xx, afirma este investigador, la gente moría por sus ideologías, en el siglo xxi seguirán muriendo, pero morirán por una razón diferente, por el hecho de que algunas personas habitan donde se encuentran los recursos que otros necesitan, serán guerras causadas por la distribución de los recursos.

La escasez incluso de las cosas esenciales y necesarias para la vida, como el agua potable, será cada día más evidente.

Así que no creo que haya otra alternativa: o actuamos de acuerdo y de manera conjunta, o nos empezaremos a pelear entre nosotros y nos cortaremos el cuello.

Necesitamos pensar otra vez en los principios de nuestra

unión, en la relación entre los humanos.

Así, vemos tanto en Bregman, Bauman, Welzer, Mujica, Pisarello, Varoufakis… esta necesidad urgente de actuar de manera conjunta, de superar los límites sociopolíticos para volver a pensar en la humanidad, en una ciudadanía más allá de la pertenencia nacional, en la especie humana. Solo así será posible llevar a cabo cambios sustanciales que ayuden a la sociedad a ser más justa y a terminar con la devastación del planeta.

Volviendo a la propuesta de la renta básica, me pregunto que si, como afirma Hanauer, la renta básica vuelve a poner en marcha el feedback entre consumidor y productor, ¿ello no supondrá volver a la carrera hacia el hiperconsumismo?

El economista Daniel Raventós piensa que racionalizar el trabajo con la renta básica podría significar racionalizar la producción y el consumo.

Por este motivo pensé en entrevistar al economista francés Serge Latouche.

Serge Latouche es profesor emérito de la Facultad de Derecho y Economía de la Universidad de Paris-Sud 11. Es, además, el ideólogo de más renombre del concepto acuñado en los años noventa: «decrecimiento».

Su pensamiento recoge la imperiosa necesidad de reducir el ritmo de la economía mundial para intentar cambiar nuestra relación con la naturaleza y preservar el medio ambiente.

Según esta línea de pensamiento, el productivismo y el liberalismo sin control nos llevarán directamente a una situación desastrosa.

En este sentido, en la entrevista que grabé en un pequeño hotel del barrio latino de París, el profesor nos manifestó su perplejidad sobre cómo se está planteando el debate económico hoy en día:

Yo soy admirador del economista J. M. Keynes, pero el sistema keynesiano (en resumen, un Estado que intervenga directamente en la economía en tiempos de crisis, invirtiendo en infraestructuras y reanimando el mercado de trabajo y el consumo) funcionaba bien en 1930 por dos razones: la primera, porque en ese momento no sabíamos que los recursos del planeta eran limitados. Y la segunda razón es que, después de la Primera Guerra Mundial, se tenía que reconstruir absolutamente todo, ciudades enteras.

Hoy el contexto es totalmente diferente, y pensar en términos keynesianos es una contradicción. Además, habría que añadir otro elemento ligado directamente al avance tecnológico; el esfuerzo del Estado en invertir para que el «motor» vuelva a funcionar podría crear riqueza, pero no significa que automáticamente se cree trabajo, o que este sea digno para el trabajador.

De hecho, esto está pasando en muchos países, y parece estar vinculado directamente a la robotización y al automatismo.

El profesor Latouche, como otros pensadores en sintonía con el discurso del decrecimiento, cree que actualmente fórmulas como repartir el trabajo o repartir la riqueza a través de una renta básica serían un paso adelante frente a una política keynesiana que promueve la inversión estatal para crear trabajo.

En este metafórico barco, donde antes remábamos cien personas, ahora, gracias a la eficacia tecnológica, un motor, por ejemplo, logramos el mismo resultado con un porcentaje mucho menor de personas remando.

Este es un progreso claro, pero entonces ¿por qué vamos a querer seguir remando todas las personas todo el día? ¿Porque necesitamos producir más objetos o más servicios, o porque simplemente no

sabemos cómo mantener con vida, distribuir la riqueza con las personas que han dejado de remar?

¿No sería un contrasentido «inventarnos» nuevos empleos, nuevas actividades, solo porque no somos capaces de redistribuir los beneficios? ¿Nuevas actividades inútiles, que, además, en la mejor de las hipótesis, no dejarían de ser nocivas para el medio ambiente.

En cualquier caso, es plausible la objeción que plantea quien considera que la renta básica, por sí sola, no garantiza que no volvamos al consumismo desenfrenado de las décadas pasadas.

Aun así, de todas maneras, pienso que una propuesta que plantee una política económica realmente sostenible no podrá realizarse sin utilizar previamente un instrumento redistributivo desvinculado del trabajo.

Mauro Gallegati Profesor de economía

La economía del hámster

En el libro Acrescita (a-crecimiento), del profesor de Economía de la Universidad Politécnica de Ancona, Mauro Gallegati, el autor afirma que estamos viviendo una situación equiparable a la vida de un hámster que corre dentro de una rueda:

El hámster corre pero no llega a ningún sitio. A nosotros nos ocurre lo mismo, trabajamos, producimos, consumimos… únicamente porque hemos creado un sistema que funciona solo cuando el motor va a toda marcha. Se tiene que mover la economía para crear riqueza. Aunque sea a costa de crear una obsolescencia programada para producir más y vender más.

Entonces, es necesario crear nueva demanda y nuevos trabajos solo para que el sistema se perpetúe: la economía del hámster, trabajar cada vez más para consumir cada vez más, dejando a un lado las cosas realmente placenteras de la vida.

Una forma de vida que persigue la acumulación de la riqueza en perjuicio del bienestar, el pib en vez del buen vivir.

Habría que liberar al hámster abriendo la jaula para provocar un cambio de paradigma.

Además, si consideramos la escasez de los recursos naturales, deberíamos plantearnos un futuro donde todo fuera reciclable y que se considerase todo el ciclo de la vida del producto.

También habría que imaginar una innovación que no utilizase los recursos no renovables, una innovación que el profesor Walter Stahel, uno de los padres del actual concepto de la sostenibilidad, define como Economía circular.

Estas nuevas formas de concebir la vida, el trabajo y el consumo son realidades que estamos viviendo ya, y el futuro está estrictamente ligado a nuevas formas de redistribuir la riqueza.

Respecto a la idea de trabajo, trascribo una vez más las reflexiones del profesor Bauman:

Existe el instinto del trabajo. Lo conocemos como el instinto del trabajo, la alegría del trabajo, el placer que se obtiene del trabajo bien hecho… Mirar lo que se ha hecho y pensar: yo lo he hecho, este es mi producto.

Por ejemplo, al escribir un libro maravilloso y al ver que la gente está satisfecha, que ha disfrutado aprendiendo de tu libro.

Creo que en cada uno de nosotros hay un «instinto del trabajo».

Pero muy pocas personas pueden disfrutar realmente de este «placer de trabajar», porque ya hace muchos años que el trabajo se ha deshumanizado.

El placer de ver el resultado final del esfuerzo es un privilegio

reservado a una minoría. Lo disfruta un escritor con su obra, un músico con su composición, pero no todos los trabajos lo permiten.

Quizás una manera sea la cooperación, que desde hace ya tiempo permite vivir el trabajo de una forma más placentera y constructiva.

La cooperación es espontánea. Se da de manera simple, como cuando unos vecinos se unen para ayudarse unos a otros en la cosecha, por ejemplo. Esto requiere la cooperación de un gran número de fuerzas y energías que se unen para ayudarse unos a otros en sus campos de trabajo.

Existen muchos ejemplos en la historia, como la cooperativa Rochdale, la cooperativa de consumidores, creada en el siglo xix, en Inglaterra, o en España la histórica cooperativa Mondragón.

En el ámbito cooperativo, que se encuentra en todas partes, el trabajo está organizado de otra manera, no con la idea de satisfacer a los accionistas, sino con la idea de satisfacer a sus beneficiarios, los objetos del trabajo cooperativo; ofreciendo un buen producto y a un precio inferior o más justo.

También quienes trabajan en una propiedad común, probablemente, se sentirán más satisfechos por el trabajo que están haciendo.

Como dice el profesor Bauman, hace mucho tiempo que estamos

experimentando nuevas formas de trabajar y compartir, pero con el desarrollo de la tecnología y la digitalización de los últimos años ha nacido una corriente que podría ser una alternativa al sistema clásico del capitalismo o una nueva versión: la economía del bien común, o procomún compartido.

Cuando hablamos de la economía colaborativa del procomún, nos referimos a un modelo basado en la colaboración de personas que, a partir de plataformas digitales, desarrollan recursos comunes y comparten la propiedad.

Los casos más conocidos son el software libre y Wikipedia, pero últimamente se está expandiendo a áreas diferentes, como en las producciones materiales de maquinarias (FabLabs, Open Source Ecology) o alojamiento (couchsurfing).

Esta forma de economía del procomún es una realidad en fase embrionaria, pero se está expandiendo muy rápidamente, aunque tiene todavía que autodefinirse y no está exenta de contradicciones intrínsecas.

Por ejemplo, estamos viendo la aparición y el rápido crecimiento de modelos de economía colaborativa que presentan lógicas de organización basadas en principios de colaboración entre sus usuarios, pero que privatizan buena parte del valor creado y siguen usando las estructuras empresariales de la era industrial.

Podemos pensar en algunos casos concretos (Uber, Airbnb, BlaBlaCar...), que además son muy visibles en los medios de comunicación generalistas. Así, la opinión pública está mayoritariamente al corriente del nuevo poder que representa la producción entre iguales a través de las polémicas asociadas a estas empresas, que han acabado definiendo la percepción general de la «economía colaborativa», de una manera limitada y sesgada.

En su libro La sociedad de coste marginal cero (Paidós, 2014), el economista, sociólogo, escritor y divulgador «visionario» Jeremy Rifkin profundiza en este concepto:

En la escena mundial está apareciendo un sistema económico nuevo: el procomún colaborativo…

El procomún colaborativo está trasformando nuestra manera de organizar la vida económica y ofrece la posibilidad de reducir las diferencias en ingresos, de democratizar la economía mundial y de crear una sociedad más sostenible desde el punto de vista económico.

Ya estamos presenciando la aparición de una economía híbrida, en parte mercado capitalista y en parte procomún colaborativo…

La pugna entre estos dos paradigmas económicos rivales será prolongada y muy reñida… pero el capitalismo ha alcanzado su apogeo y ha iniciado su lento declive.

En cambio, el procomún colaborativo está en alza y es probable que hacia 2050 se establezca como la preferencia principal de la vida económica en la mayor parte del mundo.

[…] entiendo que esto sea incomprensible para la mayoría de la gente […] el capitalismo ha tenido mucho éxito. Aunque su trayectoria ha sido relativamente breve en comparación con otros paradigmas económicos de la historia.

Lo irónico es que el declive del capitalismo no se debe a ninguna fuerza hostil. Todo lo contrario. Lo que está socavando el sistema capitalista es su propio éxito, ya que se basa en el paradigma del crecimiento ilimitado, algo que choca

de bruces con la realidad: la finitud de los recursos y el planeta.

José Mujica

ex presidente de Uruguay

Una vida sin trabajo

Tanto las propuestas de redistribución del trabajo o de redistribución de la riqueza, si conseguimos llevarlas a cabo de manera racional, significarán una verdadera revolución, no solo a nivel económico, sino también a nivel social, ético y cultural para la humanidad entera.

Los testimonios de la gente común y proveniente de todo el mundo que participa en el documental (una brillante idea del coguionista Francesc Mir) tienen un significado especial para mí:

«Si me quedo en casa sin hacer nada, me vuelvo loco», nos cuenta un señor de Paquistán, «quedarme en casa, durmiendo todo el día, sería muy triste», sigue explicando un señor nigeriano.

Realmente, parece que nos hemos acostumbrado a una vida que gira totalmente en torno al trabajo.

La filosofía, la ética o la religión nos recuerdan el valor moral del trabajo y el peligro de la vida ociosa, y cambiar esta visión de la vida será el reto más importante de las generaciones futuras.

José Mujica es muy explícito al respecto:

Los cambios materiales, por complicados que sean, serán seguramente menos complicados que el cambio cultural.

Nosotros, mi generación, creíamos que solamente cambiando los mecanismos económicos podríamos cambiar la sociedad, pero no, ahora me doy cuenta de que estábamos completamente equivocados.

No solo hace falta educación, hace falta instrucción.

Además, cuidado con querer construir una sociedad donde el individuo tenga la vida completamente solucionada, sin ninguna preocupación.

Dudo que esto sea realmente positivo.

En la conferencia «profética» de Madrid, en 1930, el ilustre economista J. M. Keynes nos advertía de que la vida «sin trabajo» hubiera significado todo un reto para la humanidad. Según sus palabras, «el único ejemplo que tenemos son las mujeres casadas con hombres ricos, y el resultado es francamente desolador; la mayoría vive en un estado de semidepresión, y la adicción a las drogas y al alcohol es muy común en estos ambientes.»

El profesor Zygmunt Bauman se sitúa en sintonía con esta tesis, en su aparición en el interesante film italiano: La teoría svedese dell'amore, afirma que «la felicidad no significa una vida 'sin problemas', una vida feliz se obtiene superando las dificultades, afrontando los problemas, solucionándolos, aceptando el reto.

Si aceptas el desafío, si te empeñas en superarlo, seguro que experimentarás la felicidad en el momento en que te das cuenta de que has logrado plantar cara a las dificultades y al destino.»

En el verano de 2016 escribí al profesor Bauman y le pregunté cómo podría acabar este libro.

Me sorprendió al sugerirme que leyera a Michel Houellebecq, «tendrás un final muy poderoso».

Houellebecq escribe en el prólogo de Posibilidad de una isla (Alfaguara, 2005):

Tendría que haber alcanzado la felicidad, la felicidad de los niños buenos, garantizada por el respeto a los procedimientos nimios, por la seguridad que derivaba de ese respeto, por la ausencia de dolor y de peligro; pero la felicidad no había llegado, y la ecuanimidad había conducido al entumecimiento.

[…] fueron la tristeza, la melancolía, la apatía lánguida y en última instancia mortal las que se apoderaron de nuestras generaciones desencarnadas.

Estas pocas líneas del prólogo nos anuncian el final irremediablemente desolador: un futuro de la humanidad donde la capacidad de solucionar cualquier problema material y mitigar cualquier emoción extrema nos lleva a una apatía crónica... una especie de anestesia prolongada.

Si al principio he aclarado que este libro no quiere ser un texto de economía o de sociología, mucho menos quiero entrar en temas para mí desconocidos como la psicología.

Una sociedad más justa y con menos desigualdad hará seguramente que, por fin, la mayoría de la humanidad pueda tener una vida más gratificante.

La redistribución de la riqueza y del trabajo, como sostiene el profesor de psicología Sergi Raventós, podrá ayudar a mucha gente que en este momento sufre trastornos causados justamente por un trabajo precario o por su ausencia.

Pero comprendo la preocupación del profesor Bauman, adaptarse a este cambio será mucho más complejo y arriesgado de lo que uno puede imaginarse.

Por otro lado, el profesor Bauman rechazaba rotundamente tener la facultad del profeta, la experiencia le sugiere que las previsiones del futuro resultan totalmente utópicas.

Sin embargo, creía que la posibilidad de caer en una distopía es, por desgracia, muy alta.

No tengo una teoría completa de cómo tendría que estar organizado «un mundo mejor». Desafortunadamente, he vivido muchos años y por lo tanto he tenido muchas frustraciones.

Cuando miro atrás, se parece mucho a «un cementerio de esperanzas».

Las esperanzas fueron pasando una detrás de la otra y cuando se pusieron en práctica, no funcionaron como se esperaba.

Por lo tanto, es una pregunta muy arriesgada.

Una pregunta muy arriesgada, quienquiera que empiece ahora a predecir la nueva «época dorada» tendrá que tener mucho cuidado.

Una vez que ya has aceptado que la tienes, que has encontrado de una vez por todas la piedra filosofal, y sabes cómo proseguir; o cuando has invertido tus esperanzas como muchos entusiastas de la tecnología moderna, como muchos entusiastas de la tecnología de las telecomunicaciones, simplemente transfieren sus esperanzas a las máquinas, máquinas que hacen lo que nosotros, los humanos, no podemos hacer.

Cuando lo oigas de esta manera, tienes que sospechar mucho.

Porque las mejores maneras de vivir juntos, de forma más aceptable y más armoniosa para los seres humanos, se desarrollarán en el proceso de tratar, diseñar y probar. Y el problema real es encontrar una manera de poder hacer todos estos diseños y pruebas sin competir entre nosotros, sino cooperando entre nosotros.

Terminé este libro a finales de 2017, los procesos, que he intentado resumir a través de los testimonios de los prestigiosos personajes que intervinieron en el documental In the Same Boat, están en permanente desarrollo.

Los desequilibrios que está causando, entre otros factores, el cambio tecnológico, provoca que el debate se expanda a todos los ámbitos de la vida.

Desde las personas corrientes, que viven una creciente situación de precariedad en muchas partes del mundo, los sindicatos, los estudiosos y pensadores de diferentes disciplinas, las élites de las empresas punteras de Silicon Valley, los políticos, hasta los organismos internacionales como el fmi, el bmi, la ocde, etc., están analizando y estudiando todos los mecanismos que podrían redefinir nuestro futuro.

Como sostenía el profesor Tony Atkinson, «la tecnología no viene del cielo» y somos nosotros quienes tenemos que elegir su dirección.

Zygmunt Bauman y Rudy Gnutti en la presentación de In the Same Boat en el macba, 2016

Creo que la posibilidad de detener la evolución y el progreso tecnológico únicamente porque, de momento, no logramos dominarlo, está dejando de ser una opción válida.

La pregunta a los «profetas» o a los «futurólogos» sobre si la tecnología creará o no nuevos empleos podríamos sustituirla con una pregunta más profunda a nosotros mismos: ¿queremos realmente que la tecnología nos libere de muchas tareas que podemos evitar realizar?

José Mujica sostiene que ha llegado el momento de preguntarnos si vivimos para trabajar o trabajamos para vivir.

Elaborar un imagen del futuro donde el empleo podría dejar de ser el pilar de la nuestra sociedad, no solo a nivel económico sino sobre todo a nivel cultural, social e incluso psicológico, requiere un esfuerzo creativo importante.

Además, de hecho, creo que esto ya está pasando.

Si bien tenemos dificultades para poder valorar los aspectos negativos provocados por la tecnología, tampoco sabemos valorar del todo los aspectos positivos.

La riqueza es la posibilidad de tener cosas y de poder realizar cosas.

Hoy en día, muchísimas actividades y productos están al alcances de millones de personas (obviamente, sin olvidar que todavía quedan muchas otras totalmente excluidas). Por un lado, esto se debe a la competitividad: responsable de la tendencia del aumento de la productividad que implica la reducción del precio de los productos y servicios. Por otro, es por una cierta tendencia redistributiva que parece una característica intrínseca de la innovación tecnológica.

Esta «democracia tecnológica» es difícil de cuantificar y normalmente no creo que sea lo suficientemente considerada cuando se analiza el fenómeno de la desigualdad.

Por ejemplo, aunque estadísticamente existe una enorme desigualdad entre quien vive en una casa de 100.000 euros y quien vive en una de un millón, hoy en día el nivel de confort y de servicios es muy similar (hace solo treinta años el confort de la casa de un obrero era muy inferior a la de un director o un gerente), y el mismo discurso es perfectamente aplicable a otros productos y servicios como el transporte, la alimentación, la moda, la cultura...

Como suele repetir el científico italiano Fernando Ferroni, todavía no hemos visto nada, la verdadera revolución será el futuro de la energía solar, que podrá ser infinita, limpia y prácticamente a coste cero.

Así, efectivamente los beneficios del «saber» están alcanzando democráticamente cada día a más personas en muchos lugares del mundo.

Pero, como sostiene el profesor Erik Brynjolfsson, tenemos que crear unas reglas económicas que se adapten a la nueva realidad.

El equilibrio de la era industrial entre el capitalista y el trabajador/consumidor, como hemos visto, parece haber llegado a su fin, ahora está siendo sustituido por el binomio entre capitalista y máquina, excluyendo el trabajador y, lógicamente, aunque más lentamente, el consumidor.

Así parece lógica la creación de nuevos equilibrios mediante la economía colaborativa o economía del bien común, o bien (y aquí la política está llegando tarde) desligando el trabajo de la supervivencia y experimentando diferentes formas de redistribución:

repartiendo el tiempo del trabajo, remunerando empleos sociales que hoy están fuera del mercado, o distribuyendo los beneficios (dividendos tecnológicos) de las nuevas empresas «capitalistas y máquinas» a toda la sociedad «no empleada» mediante una renta básica.

De esta forma, no parece tan extraño que pensadores con diferentes ideologías sostengan que el capitalismo ha llegado a un nuevo estadio donde habría que plantearse de quiénes son realmente los medios de producción, de quiénes son los robots.

En conclusión, ante todo, tendremos que analizar y descifrar con extrema precisión, sin anteojeras ideológicas, los fenómenos que nos circundan y, en segundo lugar, decidir adónde queremos llegar.

Como sostenía el profesor Zygmunt Bauman, no nos queda mucho tiempo.

Creo que no podemos omitir esta responsabilidad, nuestra generación está obligada a tomar decisiones que serán determinantes para el futuro del rumbo de este metafórico barco.

Libros recomendados

Aznar, Guy (1994), Trabajar menos para trabajar todos, Hoac.

Bauman, Zygmunt (2014), ¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?, Paidós.

— (2017), Retrotopía, Paidós.

Brandolini, A.; Saraceno, Ch.; Schizzerotto, A. (eds.) (2009), Dimensioni della disuguaglianza in Italia: povertà, salute, abitazione, Il Mulino.

Bregman, Rutger (2017), Utopías para realistas, Salmandra.

Brynjolfsson, Erik y Mcafee, Andrew (2013), La segunda era de las máquinas, Temas.

Brynjolfsson, Erik y McAfee, Andrew (2013), La carrera contra la máquina, Antoni Bosch.

Gallegati, Mauro (2016), Acrescita (a-crecimiento), Einaudi.

Harari, Yuval (2015), De animales a dioses (sapiens): una breve historia de la humanidad, Debate.

Houellebecq, M. (2005), La posibilidad de una isla, Alfaguara.

Latouche, Serge (2012), La sociedad de la abundancia frugal. Contrasentidos y controversias del decrecimiento, Icaria .

— (2007), Sobrevivir al desarrollo: de la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa, Icaria.

— (2007), Sobrevivir al desarrollo: de la descolonización del imaginario económico a la construcción de una sociedad alternativa, Icaria .

Mazzucato, Mariana (2014), El estado emprendedor, rba.

Negri, Antonio y Hardt, Michael (2009), Commonwealth: El proyecto de una revolución del común, Akal.

— (2012), Declaración, Akal.

Piketty, Thomas (2014), El capital en el siglo xxi , Fondo de Cultura Económica.

Raventós, Daniel (2012), ¿Qué es la Renta Básica? Preguntas (y respuestas) más frecuentes, El Viejo Topo.

— (2017), Renta básica contra la incertidumbre, RBA.

Rifkyn, Jeremy (1997), El fin del trabajo, Paidós.

— (2014), La sociedad de coste marginal cero, Paidós.

Staglianò, Riccardo (2016), Al posto tuo, Einaudi.

Summers, Lawrence H. (2017), The Post-Widget Society: Economic Possibilities for Our Children, Farrar, Straus and Giroux.

Van Parijs, Philippe y Yannick Vanderborght (2006), La renta básica: una medida eficaz para luchar contra la pobreza, Paidós.

Varoufakis, Yanis y Pisarello, Gerardo (2016), Un plan para Europa, Icaria.

Welzer, Harald (2010), Guerras climaticas: por que mataremos (y nos mataran) en el siglo xxi, Katz.

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorine Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Diseño de la cubierta: adaptación del cartel de Jordi Vidal Amorós

Fotografías de Félix Bonnin

© Rudy Gnutti

Edición a cargo de Desirée Herrera Asciutti

© De esta edición

Icaria editorial, s. a.

Bailèn, 5 - planta 5

08010 Barcelona

www.icariaeditorial.com

Primera edición: diciembre de 2017

ISBN e-book: 978-84-988885-9-1

Fotocomposición: Maribel Crusat Franquet

ULZAMA (Navarra)